

QUIEN SIEMBRA RECOGE

*Mabel Collins*

## CAPÍTULO I

### EL MÍSTICO

La enseñanza es difícil de comprender, Maestro - dije a mi venerado preceptor Brahmin.- Si el deseo de un objeto forja un nuevo eslabón en la cadena de la esclavitud material que sujeta al alma, es obvio que, como ninguna acción puede tener lugar más que como consecuencia de un deseo, sea el que sea, de alguna necesidad que exige satisfacción, el estudiante de la Ciencia Espiritual tiene que convertirse en un S. Simeón Stylita. ¿En dónde, pues, hay lugar para el cumplimiento del deber?

Verdad es hijo mío - contesto el Maestro - que para el alma, una vez libre, esté o no encarnada, cesa la acción; pero la represión forzada de la actividad no contribuye al reposo para el alma bienaventurada. No se conquista la verdad por medio de pretericiones. No sirve de nada el que cerrando los ojos digas que te has liberado de la materia, si en realidad no es así. Dice Sankara, que la repetición constante de la palabra medicina no cura la enfermedad. No es incumbencia tuya el decir: "Yo permaneceré inactivo"; cuando tu alma despierte, no habrá en ti lugar para acción ninguna. Aquel reposo, que constituye la emancipación, es tan independiente de tu voluntad, como la sensación de calor cuando el fuego esta cerca. Puedes aproximarte o alejarte del fuego, según te plazca; pero una vez cerca de él, no puedes evitar el que su calor te afecte. Si tienes calor no sentirás fresco, solamente por que digas que tienes frío. Además el decidirse á permanecer inactivo, demuestra a la faz de la determinación misma, que no sea realizado la unidad de existencia, el Espíritu Supremo, en una palabra. No es necesaria determinación ninguna para que entre en la existencia aquello que ya existe.

>>- Pero, Maestro; dignaos explicarme cómo El Buddha siguió trabajando durante cuarenta años después de su liberación.

<< - ¡Ah hijo mío! Este es un gran misterio que no comprenderás. Creo que estas ya conforme en que el origen de la fe falsa y el de la duda no es diferencia intelectual, sino diferencia moral. Durante tan largo tiempo como existe en ti la huella más ligera de deseo personal, la Ley del Karma gobernará tu evolución, gozaras el fruto de tus buenas acciones y de las malas sufrirás las consecuencias. Cuando la Ciencia Espiritual extingue todo deseo personal y aparta al individuo del radio de operación de Karma, entonces únicamente puede el alma purificada comprender la naturaleza de aquellos que han obtenido la libertad mientras están envueltos todavía por la carne. Solo aquellos que han logrado esta condición, solo aquellos que se han liberado de Karma, tienen títulos para ser admitidos en nuestra *Fraternidad*.

<< - Entonces, desde el momento en que renuncio a mi personalidad, renuncio a todo deseo egoísta. Maestro, di que te siga a la mansión del reposo; dime que abandone tras de mí este mundo de pasión.

<< - ¡Ah, hijo mío!- dijo sonriendo el asceta Brahmin; - es tan imposible que por este medio renuncies á tu personalidad como renunciar al color de tu piel. Únicamente el exceso de buen Karma, lleva consigo la cesación del Karma. Recuerda lo que dice el *Bhagavad-Gita*: «Es preferible perecer en el cumplimiento del deber propio; por que el realizar lo que es deber de otro, lleva consigo peligro». Procura no abandonar la vida que es tuya, hasta que por si misma se desprenda de ti. El voto que estabas haciendo, tiene en realidad que hacerse en silencio por tu alma, cuando temporalmente se encuentra libre de tu cuerpo. Practica las siete virtudes: rectitud-dulzura-modestia-devoción a la verdad-paciencia-simpatía y conocimiento justo y si tu alma obtiene la pureza requerida, dentro de doce meses, a contar desde hoy, me encontraras dispuesto a recibirte. Pero, justo es que no permanezcas en la ignorancia respecto a lo que sucede cuando se pronuncia el voto misterioso. Cesaras de adquirir nuevo Karma; pero el antiguo tendrá que agotarse. La rueda continúa girando aun después de que la mano del alfarero haya cesado de impulsarla.

Las causas engendradas previamente por ti, que en el curso ordinario de la Naturaleza hubieran obrado durante cierto número de encarnaciones, serán acumuladas en un espacio de tiempo muy corto, y de la convulsión que a consecuencia de ello sufrirá tu ser entero, solo pueden salvarte la renuncia de todo egoísmo y una voluntad decidida. Piensa en esto y ten cuidado mientras haya tiempo. Si dentro de doce meses estas tan resuelto como hoy, te será permitido recorrer el sendero que conduce a la vida suprema. Pero te advierto que el sendero es rudo y escarpado: yo no tengo derecho alguno para

inmiscuirme en las libertades que un ser humano por derecho de nacimiento; tú puedes obedecer solo a tu Karma, a las órdenes de tu misma alma en otras encarnaciones precedentes. Ahora, adiós. Acuérdate, de hoy en doce meses >>. Con estas palabras despidiose el Brahmin, que siempre iba y venia como un espíritu que no sufre ordenes. En aquellos días era yo solo un principiante en el misticismo Oriental; y cuando hablaba con mi interlocutor Brahmánico, no sabia distinguir entre cuando lo veía en carne y hueso, y cuando la impresión en mi mente era producida por un proceso oculto.

Solo un año antes de la conversación referida había yo por vez primera encontrado mi instructor. Viajando por las provincias del noroeste de la India, llegué a Benarés, la ciudad sagrada. Fui una tarde a uno de los templos a presenciar el *pujah* (ceremonias religiosas). Por supuesto, siendo ingles no me era permitido penetrar en el interior del templo. Pero como n aligo indio me había recomendado al sacerdote principal, pude estar bien colocado para contemplar a mi placer la abigarrada multitud apiñada enfrente del templo, y librarme al propio tiempo del ruido ensordecedor de la música del mismo. Imposible es describir con propiedad la escena que diariamente se representa en Benarés ante los templos. Una ondulación gigantesca de caras humanas recorre el templo hasta donde la vista puede alcanzar. Ancianos, apoyando sus cuerpos temblorosos en nudosos bambús, y mujeres que en ninguna otra ocasión se aventuraran a salir del retiro que la costumbre oriental les impone, se encuentran allí vestidos del modo pintoresco tan peculiar del país. Hombres pertenecientes a las distintas nacionalidades que pueblan la India, congregarse promiscuamente ante aquellos celebres altares. Y por encima de la mesa se ven las cabezas de los niños colocados en hombros de los asistentes. Las tendencias niveladoras de estas reuniones en los templos, son dignas de algo más que simple admiración, y llenarían de gozo al más ardiente de los partidarios de la igualdad, puesto que en presencia de los Dioses Indios, toda distinción de rango o de casta desaparece por completo. El más altivo de los Zemindars de Bengala y los más ricos banqueros del Noroeste, sin el menor inconveniente se mezclan con el pobre desterrado que obligado a abandonar su hogar, se ha refugiado bajo los templos de la ciudad santa. Debe tenerse presente que todos los que carecen de patria y hogar, lo mismo hombres que mujeres, encuentran su refugio postrero en Benarés y contribuyen a aumentar en intensidad las alabanzas a los dioses que ante aquel sagrado recinto se alzan mañana y tarde.

Tomé mi sitio antes que la ceremonia de la tardes hubiese empezado, cuando el aire vibraba todavía con los cantos védicos, servicio que al salir y ponerse el

sol desempeñan gran numero de Brahmanes residentes en Benarés. Tan pronto como se encendieron las lámparas y sonaron los caracoles marinos anunciando la hora, el estruendo de miríadas de gongs címbalos y timbales lleno el aire, mezclándose con las penetrantes notas del pito indio. Continuó esta música durante todo el tiempo, interrumpida de cuando en cuando por aclamaciones y por los cortos intervalos en que los sacerdotes verificaban las ceremonias. En cuanto estas hubieron terminado, hice los regalos de costumbre a los grados del sacerdocio, y les di las gracias por sus bondades para un extranjero como yo. Era una hora avanzada de la noche para las costumbres de la india, y el ojo más experto hubiera penetrado con la mayor dificultad el angosto laberinto de las calles de Benarés. Ofreciéndome los sacerdotes un guía para conducirme a Shikrol. Pero como estaba completamente seguro del camino y no temía a los badmashes (salteadores), que según ellos infestaban la ciudad, decliné la oferta y me apresuré a montar a caballo. No hacia diez minutos que me había puesto en camino, cuando através de las tinieblas un grueso bastón hirió en la mano a mi caballo, y dio con el pobre Likander en tierra, dejándolo completamente inutilizado. Antes de que yo hubiese tenido tiempo de levantarme del animal caído, recibí por detrás un fuerte golpe. Nada más puedo recordar hasta que me encontré de pié ante una rustica choza india en la cumbre de una colina. Hacia mucho frío: la tierra estaba cubierta de nieve. Yo venía de muy lejos, estaba rendido, mis pies destrozados y me moría de frío. Llamé débilmente a la puerta, abriose, y vi tres ascetas indios sentados junto a una hoguera. Adelantose uno de ellos y ofreciéndome su sencilla hospitalidad. El extraño perfume difundido en aquella atmosfera, obro en mi produciéndome una sensación de gozo intenso; me reanimo por completo, y me hizo olvidarme la necesidad de alimentarme. Estaban en torno mió los tres habitantes de la casa. Uno de ellos era un anciano venerable, los otros dos jóvenes; y por el respeto que mostraban al anciano, parecían ser sus discípulos o sirvientes. Al aproximarme al fuego apoderase de mí un extraño sentimiento. Borrándose súbitamente todas las experiencias de mi vida, quedándose solo la conciencia de mi identidad. Lo que yo sabía, era únicamente esto: que yo era yo, sin cuerpo ni pensamiento. Me sobrevino entonces una sensación curiosa que desafía toda descripción; la de ser absorbido gradualmente en otra personalidad que era diferente de mi, y que, sin embargo era yo mismo. Me domino un sentimiento momentáneo de inconsciencia, y me encontré que yo era el joven asceta indio que permanecía sentado más próximo al anciano. En un momento me pareció comprenderlo todo. En los dos ascetas, encontré un Maestro y un hermano estudiante. No puedo reproducir ni recordar distintamente el mundo de ideas

que se acumularon entonces en mí. Me dio la bienvenida el Maestro, después de mi largo destierro, según él dijo, y me dio su bendición. Cuanto tiempo permanecí allí, es cosa que no puedo decir; pero gradualmente fui recobrando mi personalidad normal: me pareció ser arrebatado en el vórtice de un enorme ciclón y fui barrido de la escena. Otro momento de inconsciencia, y me encontré yo mismo, Hugh S.T. Clair, socio de la casa Godfrey, compañía de Bombay, tendido en una estera sobre el pavimento de tierra en una choza india. Estaba casi a oscuras, en un rincón de tan extraño aposento oscilaba solamente la luz vacilante de una primitiva lámpara de tierra. Me encontraba trascordado por completo, y consideraba todo lo sucedido como un sueño. Para despertarme a mi mismo, di un fuerte grito. Vino un indio que me era desconocido, y me pregunto que quería. Mi primer impulso fue tratar esta aparición como parte de las imágenes del sueño; pero pronto, y sin ninguna duda, la realidad de lo que me rodeaba se impuso en mi mente. Después de unos pocos momentos de silencio, dije en indostaní:

¿Deseo saber quien eres y donde estoy?

Fácil es contestar a ello-respondió el indio- Yo soy el criado del Punditji, que es el dueño de la choza.

A mis demás preguntas, contesto que el Punditji llegaría muy pronto y me diría todo lo que deseaba saber. Procure levantarme para salir por mi mismo de la perplejidad en la que me hallaba, pero con sorpresa me encontré demasiado débil. Sin hacer de las amonestaciones del indio me senté, pero sentí vértigos, perdí la cabeza y caí completamente exánime. Debí dormir durante largo tiempo, porque cuando desperté, la luz del día penetraba en la habitación através de las rendijas de aquellos débiles muros. Lo primero que encontraron mis ojos al despertar, fue un Brahmin de miserable aspecto, a quien reconocí en el acto como uno de los actores de mi extraña visión. Puso su mano sobre mi cabeza, y sentí una impresión peculiar y agradable.

Y bien -¿que es lo que desea saber el Saheb?-, dijo aquel hombre extraño, sonriendo con dulzura.

-<No os alarméis>- continuó al oír mis preguntas. Habéis sido atacado por una cuadrilla de salteadores en Benarés, como recordáis. Os creyeron muerto. Y después de limpiaros los bolsillos, arrojaron vuestro cuerpo al río. Flotasteis sobre la rápida corriente, llegasteis a donde estaba yo tomando mi baño de media noche, y encontrando que en vos no estaba la vida extinguida por completo, os traje a mi choza, en donde habéis permanecido sin sentido durante tres días con sus noches. A ninguno de vuestros compatriotas di noticia vuestra, pues con toda seguridad hubiera sido causa de vuestra muerte

al pretender la traslación inmediata, y quizás me hubieran ahorcado creyéndome vuestro asesino. Pero ahora estáis ya bien, y podéis marcharos cuando os parezca.

El asceta Brahmánico con quien trabé conocimiento de esta suerte, y a quien tendré que mencionar con mucha frecuencia durante el curso de la narración próxima, ha sido para mi más que un padre. Lo he encontrado en varios lugares y bajo circunstancias diversas. El es quien ha abierto mis ojos al sol de la verdad, que la sensualidad y el materialismo de nuestra época han eclipsado por completo. El me ha hecho ver que bajo los aparentes absurdos de la fe Brahmánica popular, es donde se encuentra la más elevada cultura espiritual de nuestra raza, y permítaseme añadir, como él mismo con frecuencia ha repetido, que se halla también debajo de la superstición popular y religiosa de cada época y de cada país. Pero debo detenerme: no he de ser yo el filósofo; mi vocación es más humilde. Yo soy solo el amanuense.

## CAPITULO II

### LA PRENDA PSIQUICA

Pasado doce meses de los acontecimientos referidos en el capítulo anterior, me encontraba en una hermosa mañana de Noviembre, en un en un pequeño bosque situado a algunas millas de distancia de la ciudad de Inbbulpore, en la India Central. Absorto en meditación profunda, caminaba por un sendero angosto, casi oculto a la vista por una vegetación esplendida de hierba tigre, que en algunos sitios pasaba de mi cabeza. Después de una hora, poco más o menos, llegué a un espacio descubierto cerca del pie de una colina, de la cual me separaba un río poco importante. Vi en la orilla opuesta un indio, de pie, era joven y hermoso; la pureza de su tipo moreno indicaba un Brahman, y la misma casta se deducía de su traje y aspecto general. Al ver que me acercaba, copio una piedra, ato a ella algo blanco que no pude distinguir, y la lanzo hacia mí. La recogí, y me encontré con una breve nota de ni Maestro Brahmánico, que me ordenaba ponerme bajo la dirección del joven, que era uno de sus discípulos, el cual me conduciría a él. Salude a la manera india al joven místico, y guarde la nota en el bolsillo. Devolviéndome el saludo, y me señalo un puente rustico, aguas abajo, por el cual cruce el río.

No es necesario entrar en detalles, respecto a lo que sucedió durante el camino. En unas dos horas fui conducido a una especie de túnel o subterráneo, cuya boca de hallaba oculta entre las ruinas de un templo antiguo, acerca de cuyo origen Brahmánico o Buddhista no han podido ponerse de acuerdo todavía los arqueólogos. A medida que adelantábamos, el túnel iba ensanchándose más y más, hasta que llegamos a lo que me pareció ser la gran biblioteca de un templo. Allí me dejó el joven indio, diciéndome que en pocos minutos llegaría el Maestro y que mientras tanto me entretuviese mirando los preciosos manuscritos, que envueltos en seda amarilla y admirablemente ordenados, se hallaban en estantes de sándalo. No lejos de donde yo estaba, vi un manuscrito encima de un trípode pequeño. Parecía ser de la mayor importancia a juzgar por la riqueza del paño en que se hallaba envuelto y por lo delicado de los dibujos del mismo. Hacia el me dirigí, mirándolo con atención, cuando me pareció que se movía. Sorprendido, miré de nuevo y con mayor atención, y esta vez encontré que el sitio que había ocupado previamente estaba vacío. Quité el paño cuidadosamente, y abrí los cierres que sujetaban las cubiertas de madera labrada del libro.

Jeroglíficos curiosos constituían por completo su texto; pero por extraño que parezca, al fijarse mis ojos en ellos emanaban en inglés. Leí lo que sigue.

Al pie de las colinas Ramgiri, en la orilla derecha del pequeño río que discurre por su lecho pedregoso entre cañaverales y bambús, hay una aldea. A manera de todos sus hermanos, el Vetravati lleva su tributo de agua cristalina y pura al Ganges poderoso, al través de muchos pueblecillos pacíficos y de intensas praderas a las cuales fertiliza. A pesar de la poca importancia del cauce, la rápida corriente del Vetravati era suficiente para impedir el paso a las manadas de antílopes que pacían en sus orillas. Y en especial durante la estación de las lluvias, solo los más expertos nadadores podían aventurarse a vadearlo en los pocos puntos en los que era posible.

Los sencillos campesinos que vivían en las orillas del país de que nos ocupamos, recurrían al modo primitivo de cruzar el río, consistente en abandonarse a la corriente metidos en grandes vasijas de barro. Era costumbre entre la juventud de la aldea atravesar el río desafiando a la corriente como alarde de fuerza. En esta aldea rodeada de colinas y bosques, cuya sombra jugueteaba con las olas microscópicas que la brisa levantina levantaba en el Vetravati, con gran alegría de los niños que con los pies en el agua permanecían sentados en sus orillas cubiertas de césped; existía una linda cabaña.

El dueño de ella era un piadoso Brahman, el sacerdote del templo de la aldea. Dos de los tres niños que con él vivían, Subbadra y Sumati, eran el hijo y la hija Del anciano Brahman; el tercero Amara, era un niño huérfano, que un amigo y condiscípulo querido había encomendado a su cuidado. Paso el tiempo; Subaddra Y Amara se convirtieron en muchachos robustos y sanos y Sumati llego a ser considerada como la flor *champaka* de la aldea. Cuando murió el Brahman, Subaddra, entonces de diecisiete años, sucedió a su padre como sacerdote del templo. Amara, a pesar de sus pocos años, era muy distinguido, tanto en su pueblo como en los vecinos, pues era considerado como de gran agudeza de ingenio en la lógica, y poseedor de grandes conocimientos en los Shastras (escrituras sagradas).

Sumati había gozado de sus mismas ventajas, por lo que se refería a su educación, que Subaddra y Amara, pero sus aficiones le habían llevado al estudio de los grandes poemas épicos, de los poetas y de los Puranas, más bien que las obras puramente filosóficas y de controversia a los que los jóvenes en que los dos jóvenes se complacían. En cuanto concluía la ceremonia vespertina en el templo, se reunían esta familia reducida y Sumati leía el Mahabharata a sus dos hermanos (pues Amara era siempre considerada como tal). En muchas ocasiones trato Sumati de interesar a su auditorio con la poesía de Kalidasa; pero siempre en vano. Tan pronto como el encanto divino de la musa Kalidasa descendía sobre su alma, dando a su voz la riqueza la riqueza y armonía del arpa de Sarawasti, se absorbían los dos jóvenes en consideraciones acerca de los meritos de la controversia de Vijnan-Brikshu con los modernos Vedantinos. Sin embargo, a pesar de esta ligera divergencia de gustos, no podía ser la armonía que en la familia reinaba.

Un día fueron los jóvenes a una población vecina a oír el discurso de un santo varón que en ella se había detenido durante su viaje a la India Meridional. Encantados quedaron de la natural elocuencia con que exponía el asceta los puntos más difíciles de las escrituras y de los consejos que daba a todos los que se los, lo mismo en cuestiones mundanas que en las relacionadas con la felicidad espiritual. Cuando a la caída de la tarde, después de haber bendecido a la concurrencia, se puso el santo en camino, le siguieron a una corta distancia, y postrándose ante él, enguanto la multitud le dejo libre, pidieronle los aceptase como discípulos y consintiese en que le acompañasen en su peregrinación. Los bendijo el asceta poniendo sus manos sobre sus cabezas, y les manifestó las grandes dificultades de la vida que pretendían adoptar. Pero ellos estaban dispuestos a sufrir todo, tal de tener la suerte de permanecer a su lado y de escuchar sus sabias enseñanzas. Viéndoles tan resueltos, les indico

la injusticia de abandonar a su hermana Sumati, a su hermanita como desde su niñez la llamaban ambos hermanos. Quedaron extraordinariamente sorprendidos, preguntaron:

- ¡Cómo! - ¿La conoces tu Señor?

- No os preocupéis, dijo el santo varón. Nos veremos otra vez.

No se atrevieron los jóvenes a decirle nada más; saludaron humildemente, y se volvieron.

El crepúsculo breve había concluido y grandes sombras de una noche sin luna cubrían con un velo la faz de la tierra, el trueno retumbaba terrible al través del espacio presagiando un diluvio. El cataclismo perturbo las meditaciones de ambos amigos; pero no antes de que cada uno de ellos hubiese deducido que era Sumati el obstáculo que les separaba de la vida del alma, de la exaltada condición que anhelaban. Pesa Subbadra que su Karma previo le mantendría atado al mundo, al mundo frívolo, solo mientras Sumati permaneciese soltera, lo cual duraría poco. Amara decidió con su precipitación acostumbrada, dar a sumati una serie de conferencias sobre la filosofía de Kapila, para librarla por completo de su cariño hacia la vida de familia, y poder después los tres juntos partir en busca de la vida superior, cada uno según su Karma.

Mil truenos retumbaron a un tiempo, lanzados por Indra y las nubes lloraron sus vidas a torrentes. Apretaron el paso los jóvenes y en breve llegaron a las orillas del Vetravati. La lámpara de su cabaña les enviaba sus rayos a manera de bienvenida cariñosa mientras en Vetravati furioso les impedía llegar a ella. Nadadores expertos desde su infancia, sin titubear un momento, lanzáronse a la corriente. Ofendiéronse las ninfas del río ante tan irreverente intrusión en sus danzas fantásticas, y se opusieron al paso de los nadadores con una crueldad y frenesí que no esperaban. Amara había cruzado ya el centro de la corriente, cuando oyó a Subbadra decir falto de aliento: ¡Amara me ahogo! La voz del amigo dio a Amara la fuerza de un elefante loco. Volviendo atrás, agarró por el cuello a Subbadra extenuado y sin fuerzas y luchando con toda su alma pudo arrastrarlo hacia la orilla, aniquilado por el esfuerzo, dejose caer Amara junto a su amigo casi exánime. Ambos hubieran muerto si la ansiedad de Sumati no hubiera aguzado sus presentimientos al oír en la superficie del agua el tumulto de la lucha por la vida. Pasaron meses y llegó el otoño. Las nubes de lluvia eran lanzadas hacia el mar; las diminutas partículas de mica brillaban a los rayos de la luna que se levantaba tras el bosque de almendros que protegía la choza reducida junto al Vetravati. Subbdra había ido a ver al alcalde del pueblo para tratar de algunas cuestiones relativas a los derechos del templo. Sumati y Amara permanecían sentados bajo un árbol *vacula*, cuyas frondosas

ramas formaban una cúpula silvestre. Sumati leía el *Ratnavali*. Levanto su cabeza perturbando a los rayos de luna que jugueteaban entre sus cabellos, y repitió.

- Cuando ama el corazón lo que no puede alcanzar, la muerte, amigo mío, es el único refugio.

Amara se distrajo en medio de sus especulaciones Vedantinas, acerca del justo valor de las herejías dualistas de Madhvacharya.

Hermano Amara -dijo Sumati- ¿Cual es el propósito de la vida? ¿Por qué tenemos que existir después de todo? Y mientras hablaba, una sombra de tristeza cruzó su rostro.

Si al hablar de propósito de la vida quieres dar a entender su fin, la pregunta no es correcta, puesto que no puede demostrarse que un Creador personal nos haya hecho. Solo podemos decir lo que es el propósito de la vida, bajo ese punto de vista, es la liberación del alma por virtud del convencimiento de que es ilusoria nuestra existencia presente.

¿Y que bien produce el saberlo, si únicamente nos demuestra que todo es vano? Mira aquella nube que parece una doncella escuchando extasiada la vibración rítmica de los rayos de la Luna. ¿Que felicidad produce conocer que es ilusión, saber que debe morir? Si la felicidad es la ley de la vida, vuestro saber es el mayor enemigo de la existencia. Sacaría todas las flores de mi jardín, marchitaría todas las flores de mi corazón.

- Ah, hermana mía- dijo Amara; - tú no haces diferencia alguna entre la vida de los sentidos y la vida del alma. Yo te explicare la diferencia entre la felicidad que procede del contacto sensible con los objetos, y aquella bienaventuranza suprema que es propia del alma.
- En otra ocasión te escucharé, hermano mío; pero ahora deja que mi pensamiento encuentre su expresión. El único conocimiento que lleva la felicidad consigo, es el conocer aquello que amamos. Que lo digan los lirios que amorosamente se inclinan los unos en los otros; ¡cuanto mayor sería la felicidad si cada uno pudiese escribir el canto perfumado que duerme en el corazón del otro!
- Ya te he dicho hace tiempo, hermana mía, que de todas las ilusiones que te esclavizan, y a las cuales tu mente esta consagrada, nada bueno puede resultar. *Sanyanacharya* dice que nada es más peligroso para los investigadores de la verdad que el cultivo del arte y de la poesía.
- Y, sin embargo, me has dicho tú que dicen los Vedas que el Universo nace del Poeta Supremo. En el *Bhagavad-Gita* sé que Krishna llama al antiguo poeta a *Aquel*, resplandeciente como el sol, que esta más allá de las

tinieblas. Ahora bien, hermano mío, yo creo que tus filósofos jamás han estudiado el libro de la Naturaleza, y que solo cenizas frías han encontrado en sus propios corazones, en los cuales han destruido la vida en virtud del castigo loco y cruel que han impuesto a la Naturaleza.

- ¿Tu olvidas que la actividad apasionada de la mente es la causa real de la de la esclavitud y que la naturaleza a que te refieres, no existe si no por razón de la ignorancia y de las pasiones?
- No dejo de saber que esto es lo que dicen los filósofos. Pero mira lo que hizo el primer gran Dios Siva. Anduvo errante a través de campos de ejecución y quemaderos, en busca del conocimiento de la vida y de la muerte; más en vano. No logro felicidad ninguna hasta que se unió con la hija de Himavat... ¿No ves en esto la gran Sabiduría?
- Las fabulas de los Puranas no deben interpretarse literalmente- dijo Amara.
- Pues yo prefiero entenderlas así. Pero hermano mío, ¿no hay algo en el mudo que desees que no sea ilusión? ¿No existe nada que pueda hacer que de tu alma broten flores, que nunca tu filosofía hará nacer?
- No hay don alguno en el poder de Brama, que sea más precioso que el saber.
- ¿No piensas tú, Amara, que acaso estés buscando la sabiduría como Siva, entre las cenizas de los muertos, y que, como el, solo abras de encontrarla en el afecto entusiasta de una mujer?
- Eso es una blasfemia contra la verdad- dijo Amara poniéndose de pie horrorizado y mirando con extrañeza a Sumati, por cuyas mejillas resbalaban las lágrimas ensartadas como perlas.
- Hermana mía; rechaza esa debilidad despreciable del corazón y como Krishna dice a Arjuna, <pensad en mí, y seguid luchando>; Krishna es, como tú sabes, el espíritu supremo; es ¡ATMA!

Sumati, sollozando, cayo a los pies de Amara.

- Hermano mío - dijo - para mí no hay más vida que tú. ¡No, no pretendas impedir que hable; todo lo diré esta noche; he estado callando todo el tiempo! ...En la luna solo veo tu sonrisa; en el perfume de las flores, el encanto de tu presencia. En el susurro de las hojas es solo el eco débil de tu mágica voz. Yo, no soy yo misma. Yo estoy en la Naturaleza entera y la Naturaleza entera eres tú. Todo cuanto amo, es solo tu reflejo. Tú eres el amor encarnado.

- ¡Calla, Sumati, calla! - grito amara- - Has cometido un gran pecado: los lazos de la ignorancia aprietan con gran fuerza tu alma. Inmediatamente abandonare este lugar para desarraigar tan mala tendencia de tu corazón. No volverás a verme.
- Vete; no me quejare más - dijo Sumati -. Mi vida esta concentrada en ti y seguiré su curso natural te hayas marchado. Pero no digas que mi corazón es malo. Hay en la Naturaleza más amor y más vida de lo que tu filosofía puede comprender.

Sumati entro en la cabaña.

Amara copio todos sus libros y los hecho a la clara corriente del Vetravati. Esta era su renunciación; no tenía otra cosa que renunciar. Contemplo como desaparecían lentamente los libros y los manuscritos de hoja de palmera y así perdió de vista el último de sus queridos tesoros. Amara aparto los ojos de la morada de su niñez, y la abandono para siempre.

Al amanecer, volvió Subbadra a su casa. Como había encontrado a Amara en el camino, sabia lo que había sucedido. Entro precipitadamente con el deseo de consultar el Código del Manu, a fin de imponer una penitencia conveniente a su hermana, en castigo a la debilidad de su corazón. Pero ¡ay! la pobre muchacha se encontraba ya fuera del alcance de penitencias y plegarias. A orilla del Vetravati yacía muerta Sumati como una planta trepadora arrancada de raíz.

Ha añadido el suicidio al amor -murmuro feroz mente Subbadra a la vista de su cuerpo -. No seré yo quien se manche por enterrarla.

Imperturbable sin lágrimas ni suspiros, permaneció Subbadra contemplando el cuerpo de su hermana y súbitamente, apartando de ella su mirada cruel. Volvió la espalda a la hija de su madre, y se marchó con orgullosa determinación. La flor de oro quedo allí marchitándose en el polvo.

Siete años después de los incidentes referidos, Subbadra y Amara vivían con el sabio, que les había prometido encontrarles de nuevo, el una selva situada a no gran distancia de Srinagar, en Cachemira. Habían renunciado al mundo antes de ser admitidos en la orden Brahmachari por aquel santo varón, habían hecho el voto del celibato, pobreza y el de no tener hogar. Durante siete años habían procurado con el cuidado más exquisito vivir la vida del alma y suprimir la vida de los sentidos. Pero sentían que aun no habían obtenido sus almas la dureza de aquellos que están ya emancipados, no obstante vivir en le carne. Preguntaron humildemente a su venerable preceptor la causa del impedimento con que tropezaban en su sendero.

« Hijos míos - contestoles - un gran crimen pesa sobre vuestra almas; un crimen que solo una nueva encarnación puede expiar. Pero dejad obrar a vuestro Karma por virtud de su propia ley.

Tened presente que nadie comprenderá por completo la Ley del Karma, hasta que el alma haya absorbido por completo su sentido. Pero lo sucedido en la vida presente os será manifestado en la próxima, os habéis hecho acreedores de ello por vuestra ardiente devoción hacia la verdad. Habéis conquistado este derecho, y la gran Ley os revelara los secretos de esta vida, cuando volváis a aparecer en la tierra. Sin embargo, los primeros capítulos del libro permanecerán en blanco todavía para vuestros ojos. Contemplareis los procedimientos de la Naturaleza en vuestras propias vidas, y en la vida de otra persona. Lo demás no tratéis de saberlo ahora ».

Una niebla obscureció mi vida por un momento; cuando mire de nuevo, el libro Ocupaba de nuevo su sitio primitivo, y vi al Maestro sonriendo delante de mí.

- ¿De modo que ya as hecho tu elección?- dijo,- Recuerda todo cuanto as leído en el libro del Karma, obedece la Ley. La paz sea contigo, hijo mío.

El místico desapareció; permanecí sumiso en un mar de confusiones. Yo, Hugh St. Clair, el hijo de un clérigo ingles, el discípulo de un místico Brahman, estudiando el Libro del Karma, para amoldar mi vida presente de conformidad con la luz de lo que había sucedido antes. Todo me pareció sin sentido. ¿Qué relación podía tener con mi vida el idilio indio de aquel libro misterioso?

- Ya lo veras- dijo el joven Brahman, mi guía de la mañana, que sin darme cuenta había entrado en la biblioteca.

- ¿Es esa la contestación a mi pensamiento no formulado? - pregunte.

Con el tiempo lo sabrás; fue la única respuesta que pude arrancar al reticente Brahman, quien me recordó que había llegado la hora de marcharnos.

Entonces abandone en su compañía aquel extraño lugar.

## CAPITULO III

### La visita del espectro

- ¡Hugh St. Clair! tú por aquí: pequeño es, después de todo, el mundo en que vivimos.

Me volví sorprendido al oír voz tan conocida; pero antes de poder distinguir el semblante, que esperaba, de mi amigo Ravenshawe, sentí su mano en mi espalda. Difícilmente podíamos movernos en medio de la multitud de viajeros que se apiñaban en el *verandah* (de *Vri*, cubrir en Sanscrito; significa galería, pórtico, vestíbulo cubierto; es palabra usada en la literatura inglesa) del lindo hotel Bellebue, en uno de los sitios montañosos menos frecuentados de la India, cuyo nombre, por muchas razones, no citaré en esta narración. El saludo, aunque aun que silencioso, pareció reducir a un momento los largos años, durante los cuales no nos habíamos visto, y hacer revivir en que llenos de esperanza, llegamos juntos a una casa de comercio muy conocida en la capital mercantil de la India. Pero el movimiento incesante de viajeros y el ruido ensordecedor de las diligencias, no nos permitía, en manera alguna, ni reflexionar, ni hablar.

No era frecuente ver aquel punto convertido en un centro tan febril de actividad. La aglomeración anormal de viajeros era debida a una gran cacería que el Rajah de las inmediaciones había organizado no lejos de allí. Sea como fuere, el pequeño hotel rebosaba de gente y como ni Ravenshawe ni yo habíamos encargado habitaciones de antemano, nos vimos obligados a ocupar juntos la única que había disponible. Pero el sueño era muy problemático ante el ruido y el alboroto de los preparativos de la cacería próxima y como además hacia largo tiempo que no nos habíamos visto, nos vino de molde el encontrarnos en la misma habitación.

Ralph Ravbeshawa era mi antiguo amigo compañero de cuarto y durante largo tiempo habíamos vivido juntos, hasta que hará unos cinco años, habiendo muerto en Australia un tío suyo, muy rico que le nombro heredero, se embarco para Queensland con objeto de tomar posesión de los bienes que le dejó en Toowoomba. Nuestra correspondencia no había sido regular; pero nuestra amistad era de aquellas tan profundas, que ni el tiempo ni la distancia pueden entibiar.

La tranquilidad se restableció, hasta cierto punto, después de comer, y nos fuimos a nuestro cuarto, que por fortuna era espacioso y confortable, para fumar y charlar.

- Bien, Ralph - dije - reanudando nuestra conversación interrumpida; ¿a que extraño capricho de la fortuna se debe tu aparición súbita aquí? Todos te creíamos tranquilamente establecido entre matorrales y bosques, engordando de día en día y haciéndote más rico. Pero tú no pareces del todo bien; los años han hecho en ti huellas profundas. Espero que no por eso hayas perdido tu afición al coñac y la soda: apenas has tocado tu vaso.
- Tu ejemplo me ha corrompido, amigo mío, y hoy no bebo más que agua.
- Ahora cuenta tu historia, Ralph; dime como te ha tratado el mundo, y que ola te ha lanzado a nuestras orillas. Veamos, dije yo, volviendo a llenar mi pipa.
- Poco es lo que puedo decir - contesto Ralph; es la historia de siempre. Estoy comprometido para casarme con Grace Stanley, ¿sabes? la hija de Ricardo Stanley. Ya te acordaras de el viejo y de la excitante persecución de lechoncillos que en un tiempo hicimos en su plantación de te. En aquella época, Grace estaba ausente. Aquellos días pasaron. Era antes de que te hicieses filósofo y te pusiera a estudiar el sanscrito con aquel extraño Brahman que encontraste en Benarés.
- Sí: es verdad. Recuerdo perfectamente al viejo, y me parece que vi también a su hija en unos de los bailes del Virrey. Pero dime, ¿no ha muerto el anciano?
- Sí: fueron él y Grace a Toowoomba, y allí murió hace más de un año. Poco tiempo antes de su muerte, fue cuando nos dimos palabra de casamiento. Después de lo cual, Grace se marchó a casa de unos parientes, y hará cosa de unos tres meses que a vuelto a la casa de su padre, no lejos de aquí. Nuestro matrimonio sea fijado para el mes próximo, y en cuanto estemos casados y hayamos puesto en orden nuestro asunto en la India, pensamos establecernos en el campo, en un lugar tranquilo. ¿Eres todavía tan acérrimo defensor del celibato, como cuando recibías las enseñanzas del anciano Brahman? Veo que todavía sigues con tu régimen vegetariano. Lo extraño es que no te conviertas en fakir de una vez y mandes a paseo Edmundo y a la civilización. ¿Has profundizado más en tus estudios y has recibido ya revelaciones sobre algunos de los secretos del otro lado de la muerte?

Me sobrecogió cierto tono de ansiedad sería y casi melancólica en la voz de Ravenshawe, tan diferente de la manera como antes, en su buen humor, se complacía en hacer referencias a mis estudios excéntricos de la superstición Brahmánica.

- Querido Ralph - la dije- esta es una cuestión que jamás has comprendido, y es natural que no te preocupes del aspecto misterioso de la existencia. Tu vida ha sido libre y feliz y has cumplido noblemente tus deberes de hombre, tal y como los comprendes. Pero hay problemas en la vida y enigmas en la muerte, que ejercen una fascinación sobre los que los estudian, que no pueden ser explicadas a los demás.

Tu fuerte sentido común acerca de la vida, ha apartado semejantes misterios de tu camino.

El pecho de Ralph pareció moverse por una agitación momentánea, como si hubiese querido ahogar un suspiro. Permaneció silencioso durante un rato y volviéndose un poco la cara dijo sonriendo:

- A la verdad, no estoy seguro de ello. Al pasar esta vez por Bombay fui a visitar las cuevas de Karli. Volvía ya de ellas, cuando me sorprendió una fuerte tempestad que me calo hasta los huesos, poniéndome en un estado deplorable. Estaba solo y no sabía que hacer. Por fortuna, encontré a un joven Brahman que me llevo a la cueva en que vivía, en la cual encontré todo lo que podía necesitar para reponerme. No parecía sino que todo estaba dispuesto para mí en ese extraño lugar, y me dijo el Brahman qué, por orden de su Maestro, me esperaba allí. Por supuesto, a pesar de mi gratitud por su hospitalidad, yo no creía del todo en lo sobrenatural.

Pero cuando me dijo acerca de mi vida pasada, era extrañamente cierto.

Y se refería a cosas que nadie podía saber, valiéndose de medios normales. Me hablo de mi enlace con Grace, y me dio aviso de una catástrofe que lo impediría. Cuando regrese a la estación de Tarma, un muchacho me entrego una carta en ingles. Antes de que pudiera hacerle la menor pregunta, había desaparecido. Aquí tengo la carta y te la voy a leer.

Saco una carta de su bolsillo y leyó:

<< Nada sucede por casualidad. Recuerde el Saheb la conversación con el joven Brahman. El porvenir dará más explicaciones >>

- ¿Cómo esta firmada? - pregunté.
- Pues, sencillamente, el Brahman extranjero, dijo Ralph. Dejando a un lado la cuestión de lo sobrenatural - continuo - el joven Brahman mostraba un conocimiento tal de la vida, que para una persona en su posición, era

sencillamente maravilloso. Esto solo seria suficiente para que yo no olvidase jamás aquella conversación.

Le pedí una descripción del extraño huésped de la cueva, pues por algo presumía yo que pudiera ser el mismo joven que fue mi guía hacia el templo subterráneo. Pero acerca de este punto, considere más prudente callar. Y después de todo, tampoco me ido Ralph la oportunidad de conducirme de otro modo.

- Por supuesto, compañero - dijo de repente - mañana vendrás conmigo a ver a Grace. Nunca me perdonaría que no te llevara a verla estando tan cerca. Nada de excusas; nada tienes que hacer durante estos días de descanso.

Ralph era el mismo de siempre, y con su acostumbrada decisión, hizo el programa para el día próximo.

Grace Stanley había vuelto a la antigua plantación de té, principalmente por razón de su salud, quebrantada por los cuidados prodigados a su padre durante su última enfermedad. También pensaba aprovechar aquella oportunidad para arreglar sus negocios con mr. Marlowe, que había sido administrador de su padre y que después de su muerte continuaba en el desempeño del mismo cargo. Yo conocía perfectamente a Marlowe; pues en distintas ocasiones había ido a Bombay para tratar asuntos de su principal, con nuestra casa de comercio.

En Mrs. Marlowe encontró Grace una madre desde que perdió la suya. Así es que Grace no se encontraba completamente sola en su casa, aunque apenas se podría encontrar otra familia Europea que viviese en sito tan distante y por lo tanto, poco a propósito para recibir visitas. Pero después de todo ella no necesitaba de sociedad ninguna, pues su tiempo lo pasaba casi siempre pintando, por cuyo arte sentía una afición loca. Todo lo misterioso y extraño ejercía gran fascinación sobre ella; y en verdad que no le faltaban asuntos entre los bananeros venerables de la finca y los cedros altivos del bosque. Su imaginación era viva y poderosa y las leyendas indias representadas en sus lienzos, eran bien dignas de la admiración que producían. Obtuvo el primer premio en la exposición de pinturas de Simla, por sus cuadros. Estos las noticias que acerca de su novia pude adquirir de Ralph, antes de acostarnos. En de lo que esperábamos, los preparativos para la cacería no empezaron hasta la mañana siguiente muy temprano; así es que la tranquilidad de la primera parte de la noche no sufrió alteración ninguna, y nuestros cuerpos fatigados no tardaron mucho en quedar sumidos en el sueño.

No puedo decir cuanto tiempo cuanto tiempo hacia que me había dormido, cuando, despertándome, vi una faja de luz que, al parecer, procedía de la parte frente donde yo estaba. Fue mi primera impresión, que alguno de los hijos de Nemrod andaba de un lado para otro con sus antorchas; pero abandone la idea por ser la luz mucho más pálida y fija de lo que hubiera sido en caso de ser cierta mi suposición primera. Lo más raro del caso es que la luz parecía crecer y extenderse. El conocimiento que yo tenía de la naturaleza oculta, merced a las enseñanzas de mi venerado Maestro Brahmánico, hizo que no me alarmase de manera alguna; pero no era lo suficiente para explicarme el misterio. De repente pareció desvanecerse el muro, y en su lugar apareció una, cuyo aspecto general mostraba no pertenecer a India. Una forma femenina salio lentamente de la casa, y deslizándose penetro en nuestra habitación. Se detuvo junto a la cabecera del lecho de Ravenshaware, y se inclino sobre él; después, con una mirada en la que se refleja el horror y una intensa agonía, se desvaneció. Ravenshaware gimió en el sueño.

La visión me afecto en el alma, penosa y cruelmente, y dejo en mi mente una impresión indeleble, que al menor recuerdo vuelve a la vida. Aun ahora, mientras escribo estas líneas, veo ante mí al espectro al espectro con un niño en los brazos, presentándose a Ravenshaware dormido, como si quisiera obligarle a que lo tomase en los suyos. Naturalmente, por aquella noche, había concluido el sueño para mí. La faz del fantasma se había apoderado de mi imaginación, con tenaz presión. En torno de mí revoloteaban miles de pensamientos sin nombre y de fantasías sin forma.

¡A Ralph, Ralph! Una sospecha cruel comenzaba a retorcerse a manera de serpiente en mi pecho; trataba yo de aplastarla, más no podía. ¿Era la pintura de algún hecho de Ralph, de Ralph que era para mí más que un amigo y un hermano, lo que la memoria de la tierra me revelaba aquella noche? ¿O era tan solo la fantasía de una pesadilla transferida de su cerebro al mío y objetivada por mi peculiar y sensitiva constitución? Para ser la mera fantasía de un sueño horrible, su impresión en la atmosfera astral era excesivamente enérgica. No puedo, no quiero ver al verdadero Ralph, yo te quiero como un hermano y continuaré queriéndote a despecho de la tierra, a despecho del infierno y a despecho de ti mismo. Pero Ralph, ¿por qué no has muerto con tu alma pura e inmaculada como los rayos argentinos de la luna, que penetran através de aquella ventana? ¿Por qué no perdiste la vida el día en que desde Bombay, vi a la distancia devorar el buque que te conducía? Ahora, las férreas ruedas de la retribución deben seguir girando.

A la mañana siguiente, cuando ya el *dakghari* (coche-correo indio) que rodaba con estrépito por un mal camino, nos conducía al *Bungalow* (casa de campo india) de los amigos de Ravenshaware, ni Ralph ni yo hablamos mucho. Después de unas pocas e inútiles tentativas de trabar conversación, motivada principalmente por la espléndida belleza de la escena que nos rodeaba, cayo Ravenshaware en una especie de ensueño, del cual no trate de sacarle. Los sucesos de la noche me habían impresionado demasiado para permitirme pensar en otra cosa. Seguimos nuestro camino en silencio. Hacia el obscurecer. Miss Stanley y Monsieur y Mrs. Marlowe se unieron a nosotros a alguna distancia de la plantación.

Como el crepúsculo era delicioso, decidimos marchar a pie, dejando a los criados que habían venido de la plantación, encargados de nuestros equipajes. Solo el ver a Grace, pareció transformar por completo a Ralph.

La tristeza de su semblante desapareció casi instantáneamente a manera de una nube de otoño en el cielo indio, y en él brillaron una vez más la virilidad y el afecto puro de un corazón virgen. La corriente de cariño que pareció establecerse entre Grace y Ralph, borró de mi mente todo malestar, toda sensación dolorosa. No podía yo creer que tan bella flor de cariño pudiese crecer en tierra impura. De nuevo la calma se apoderó de mí; la escena de felicidad que ante mis ojos se desarrollaba, borró las sombras siniestras de la visión nocturna.

Grace Stanley era una muchacha alta, delgada, blanca y transparente, tipo raro, bajo los rayos ardientes del sol de la India. Su cabellera de color castaño daba sombra, pero no oscurecía su rostro, cincelado del modo más exquisito, y en el cual se reflejaba instantáneamente todo pensamiento que agitarse su seno. Formas brillantes, hijas del espíritu que habitaba dentro, se reproducían en sus grandes ojos oscuros e iluminaban su semblante. En sus facciones moraban miles de expresiones aéreas, cuyas tímidas manifestaciones desafiaban igualmente el pincel del pintor que a la pluma del poeta. Tal era Grace Stanley, más a propósito por su belleza misteriosa y etérea, para sibila del secreto santuario, que para compartir el destino común de los mortales. Apoderose de mí un sentimiento involuntario de disgusto, al pensar en el yugo matrimonial que por sí misma iba a imponerse, en vez de la misión que le hubiera podido caer en suerte, de ser otros los tiempos.

El ambiente de la plantación pareció infundir en Ralph verdadera exuberancia de ingenio. A pesar de lo brillante que era el suyo y no obstante los años que le conocía, sorprendiome, durante la comida su brillantez. Lo inesperado de sus elogios apasionados de los cuadros de Grace, dignos realmente de hadas y sus

juicios críticos en cuestiones artísticas, revelaban una intuición filosófica tan penetrante y tal poder de expresión poética, que sencillamente nos tenían asombrados.

Tan pronto como tuvo lugar una pausa en la lluvia de chispeantes observaciones que Ravenshaware lanzaba sobre nosotros, marchose Mr. Marlowe, diciendo que iba a su bungalow a despachar el correo para la mañana siguiente. Mrs. Marlowe, a quien la conversación de Ralph producía un efecto tranquilizador, estaba sentada en una gran butaca, silenciosa y quizás medio dormida. Grace empezó tocar su instrumento favorito, el *Setar* indio, y la melodía mística y profunda que arrancaba de sus cuerdas, penetraba en nosotros poco a poco, descubriéndonos vislumbres de una vida *que el místico siente y que el poeta imagina*. Una débil brisa gemía a lo largo de las calles de los árboles corpulentos que rodeaban la casa, proyectando sus sombras a la luz de la luna sobre el verandah que se había delante del salón en que nos hallábamos. Cuando cesó la música, la brisa dio un prolongado quejido entre los árboles: el sonido fue misterioso, siniestro y significativo. Grace se sobrecogió en gran manera.

Mire a Ravenshaware, y note que había cambiado, estaba pálido y al parecer, luchaba por dominar alguna perturbación mental poderosa. Oyose de nuevo el misterioso lamento; esta vez más penetrante, aunque no tan fuerte y lo extraordinario fue que tomo cierto parecido con un grito de agonía medio reprimido. Grace se acercó más a Ralph, y puso sus manos en sus hombros. Para romper el hechizo misterioso que parecía envolvernos en sus redes, yo dije:

- Miss Stanley, ¿Viene con frecuencia las formas fantásticas a que Vd. de vida en sus cuadros, a hacer coro con la música de Vd.? Los gemidos del viento se han hecho humanos en este aposento encantado.
- No estas muy lejos de la verdad. Castillo encantado es este, por cierto, en donde el hechizo encarnado, que se llama Grace, con sus cuadros, con su música, con todo cuanto lo rodea y con los incidentes del día, no puedo menos de hacer el papel del caballero cautivo - contesto Ralph con visible esfuerzo.
- La verdad, parecen ustedes dos muy divertidos - dijo Grace -; pero yo me siento oprimida por el sentimiento vago e indefinidote una calamidad terrible. Nunca ha sido para mí la voz del viento tan precisa y significativa. Me recuerda una profecía que siendo niña me hizo un fakir, a quien mi nodriza solía acudir para saber del futuro. Tenía yo entonces siete años; pero la impresión que me causo fue tan profunda, que desde entonces la recuerdo de tiempo en tiempo.

- ¿Tiene alguna relación la profecía con la lengua misteriosa que habla entre los árboles?
- Si la tiene. Saben ustedes perfectamente la importancia que las indias dan al casamiento de sus hijas y lo pronto que empiezan a pensar en ello. Pero bien; Motee fue más fuerte más que una madre para mí, aun en vida de mi propia madre. Mrs. Marlowe - dijo volviéndose a dicha señora, que dormía profundamente en su butaca -era mi institutriz antes de casarse, y ella y Motee fueron las únicas madres que en mi niñez conocí. Ahora bien Motee consulto al santo varón acerca de mi matrimonio, según me dijo después, pero el padre necesitaba verme antes de dar su opinión; Motee me sacó a pasear una mañana y pasamos junto a la choza del fakir, que estaba debajo de un gran bananero, a la orilla del arroyo, en el extremo oriental de la plantación. El fakir fijo en mí profundamente sus ojos, pequeños y brillantes, y dijo; la Misibaba (niña europea) se casará felizmente, a menos que los *devas* (ángeles) la avisen por tres veces antes de que el matrimonio se efectúe. Pero cuando los *devas* den el aviso, una catástrofe terrible tendrá lugar.
- ¡Si tendrá lugar! - repitió desde un extremo del salón, detrás del piano, una voz hueca, una voz que no era de este mundo. Y un extraño grito de agonía vibro dentro de nuestras almas.
- ¡Este es el aviso! - exclamo Grace, aterrorizada cubriéndose la cara con sus manos transparentes. En aquel instante mismo exclamo Ralph:
- ¿Qué voz infernal es esa? Quiso saltar de su silla, pero pareció ser misteriosamente derribado sobre ella, y quedo como clavado en el asiento.

Una columna de vapor etéreo, semejante a un rayo de luna, empezó a formarse en la extremidad de donde había salido la voz misteriosa. Lentamente comenzó a acercarse y a adquirir forma y consistencia, hasta que, al fin, a una corta distancia de Grace y de Ralph, apareció en extraño fantasma de mi visión nocturna. Lanzo una mirada infernal de triunfo a la hermosa criatura que muerta de terror, había buscado sobre el pecho palpitante de Ralph.

Poco a poco se extendió la visión hacia Ralph, y pareció tocarle. Pero este, aunque inmóvil, parecía eludir el contacto, como una imagen reflejada en el espejo. Por un momento vi a Grace envuelta en el brazo del espectro; después su ligera figura cayó al suelo, y la aparición se desvaneció. Rompí por fin el hechizo de aquella terrible escena y me apresure a levantar a Grace, y vi que estaba sin sentido. Ralph estaba herido de estupor aunque no inconsciente.

## CAPITULO IV

### La memoria de la tierra

Confusa, al despertar de su sopor profundo, Mrs. Marlowe, se disponía a emprenderla a chillidos, con el sentimiento vago de que algo terrible y funesto había ocurrido. Pero la vista de la realidad paralizó su lengua. Un sentimiento extraño e inexplicable de fuerza me sostuvo firme; me sentía dueño de la situación. Logré imponer a Mrs. Marlowe la necesidad de mantenerse tranquila, y pareció obedecerme como un niño. Llame a los criados, y Grace fue conducida a su habitación, seguida de los sollozos de Mrs. Marlowe. Coloqué a Ravenshaware en un sofá le desabroche el cuello, le mojé la cabeza con agua fría, y encargando a su criado indio que le abanicase, me fui en busca de Mrs. Marlowe.

El Bungalow de Mrs. Marlowe no estaba lejos, como he dicho antes; y como la luna no se había puesto todavía, fui solo, a fin de evitar una alarma innecesaria. El camino discurría através de grandes pinos, por entre los cuales penetraban los rayos oblicuos de la luna, a manera de dardos de plata. Pero estaba mi mente en exceso dominada y oprimida por los incidentes de la noche, para hacer otra cosa más que dirigir una mirada pasajera a la comunión silenciosa de los cielos y la tierra, lo cual, en otras ocasiones, me habría inspirado pensamientos bien distintos. Ante aquella imagen pavorosa; ante la cara de Ralph, lívida de horror, ante la dulce actitud de Grace, desfallecida, todo pensamiento quedaba aniquilado por completo. Olvidado de todo cuanto no fuera esto, penetre en la masa viviente de los pinos.

A alguna distancia de mi permanecía la elevada figura de un hombre vestido de blanco. No parecía si no que la luz reposada de la luna se hubiese cristalizado en una forma humana. Me aproxime a ella y quede sorprendido al reconocer a mi preceptor Brahmánico,

-- Bien, Punditji—dije, después de haberle saludado, --¿a que buena fortuna debemos vuestra visita?

En esta ocasión debieras más bien procurar saber, que dirigir semejantes preguntas. ¿Recuerdas cuando devorada tu lancha de vapor por las aguas

furiosas del Krishna, te lanzaste en lo que tú creías en las garras de la muerte con el Bhagavad-gita en la mano? ¿Recuerdas lo que dijiste cuando tu cuerpo exánime volvió a la vida, sobre un lecho de cañas y juncos en la orilla? ¿Has olvidado tu promesa?

-- No, dije casi avergonzado de mi mismo.- Prometí no hacer nunca preguntas. Pero si vos, Señor, queréis fijaros un poco, veréis que mi pregunta solo es en la forma, pero no en el fondo.

-- Mi buen amigo - replicó el Brahman venerable, en excelente inglés; - siempre he dicho yo que el hijo de un inglés es un gran lógico, y que hasta disputaría con el Rey Yama en su lecho de muerte. Pero basta ya de esto. Has sentido la primera vuelta de la rueda del Karma. Tu Ralph Ravenshaware, aunque vivo, esta más que muerto. La locura ha sustituido en el a la razón.

Pero déjale solo con su Karma, y óyeme ahora. La muchacha inglesa es una extraña criatura; no suelen nacer muchas como ella. Debes velar junto a su lecho y esperarme allí a la vela tercera de la noche.

Después de haberme dado precipitadamente algunas instrucciones, la forma se fundió en la luz de la luna. Por extraordinario que parezca el incidente al lector, no lo era para mí en modo alguno. Durante el curso de mi instrucción, bajo mi venerable Maestro, había aprendido la suficiente psicología práctica, para comprender el poder misterioso que poseen naturalmente algunas personas, constituidas de un modo anormal, y que otras adquieren mediante larga, laboriosa y peculiar educación que les permite separa temporalmente el alma del cuerpo y proyectarla a voluntad a cualquier parte del globo. Cuando el incidente del río Krihsna, al cual el místico se refería, fue la vez primera que recibí una demostración practica de lo que solo había estudiado antes y teóricamente en obras sánscritas, cuyos títulos son en exceso extraño para oídos ingleses.

Encontré a Mr. Marlowe sentado en su mesa de despacho con una montaña de libros y papeles delante de sí. Le conté en pocas palabras lo que había ocurrido. Dio un salto en su silla con un vigor que su corpulencia no autorizaba a esperar, y vino a mi lado junto a la mesa.

-- ¡Que! - dijo - imás complicaciones! Aquí Madhn; le mandare a buscar el medico. Pero usted, Sr. Clair, sabe lo suficiente de medicina para ser útil por el momento. ¿Ravenshware, esta muerto? ¡Oh, Grace, pobre muchacha!

-- No; pero su vida será una muerte: será la existencia horrible de un maniático. ¡Ojala repose su alma en paz! Miss Stanley se encuentra en un estado muy crítico.

- Y usted ha venido a decírmelo. Por los cielos márchese usted a cuidarla. Parecía usted más solícito por aquel animal de cooli que tenía el cólera; ¿lo recuerda usted? Abandonó usted enseguida la persecución de los cerdos para ir a verle, y por Grace no mueve usted ahora ni el dedo meñique. Sobre su conciencia de usted pesara un doble asesinato. Porque yo se lo digo a usted; Mrs. Marlowe no sobrevivirá a la pérdida de Grace. Ande usted corra a ella a hacer algo.
- Lo mejor que puede hacerse ahora por Mrs. Stanley, es dejarla sola un rato. Iré a verla después. Entre la *ayah* (doncella de servicio) y yo, la velaremos esta noche hasta que el Dr. Christopher llegue. Si manda usted por el enseguida, me atrevo a decir que antes del amanecer estará aquí. ¿Pero en donde está el médico de la plantación?
- Se ha marchado con siete días de licencia: debemos telegrafiarle. Pero, como usted sabe, es bueno para los coolies, pero no para Grace.
- Calma, Marlowe—le dije.—Yo haré todo cuanto tenga que hacerse. Pero debe usted procurar llevarse a Mrs. Marlowe. Ella solo lograra enfermar consúl excitación: la *ayah* y yo haremos todo cuanto sea necesario.

Media hora después se taba yo en la habitación de Grace Stanley, de la cual Mrs. Marlowe había sido literalmente arrancada. La *ayah* se echó en una cama improvisada fuera del cuarto, a fin de estar dispuesta si se la necesitaba, y yo me quede al lado de Grace, cuyo pulso era débil e irregular. Pensé en Ralph, que peor que muerto permanecía en otra habitación; pese en le pasado; pensé en lo extraño de los acontecimientos que se habían sucedido unos a otros con rapidez vertiginosa, llevando la desolación a todas partes; fije mis ojos en la forma inconsciente de Grace Stanley; la flor arrancada parecía marchitarse ya. La luna iluminaba su faz incolora; y con sus labios marchitos, que descubrían dientes blanquísimos, y sus brazos entrelazados, parecía un habitante de la región de los sueños. ¡Ah! Maestro, venciste: la vida es tan solo un sueño: El sueño de Brama es el día del hombre. Grace suspiró profundamente, y abrió sus grandes ojos, en los que se pintaban la turbación y el extravió; no pareció reconocer nada; y como si la lucha mental entablada para amoldar la inteligencia a cuanto la rodeaba, la oprimiese, cerro los ojos de nuevo con débil gemido, y a lo largo de sus mejillas corrieron algunas lagrimas. Me anime con las señales de que volvía a la conciencia, y me apresure a darle alguna medicina. Pero al tocar la botella que la contenía, y que estaba en una mesa pequeña colocada al lado de la cama, recibí un enérgico choque como el producido por una batería eléctrica poderosa y en le mismo momento vi el cuerpo astral del Punditji en el centro de la habitación. Me mantuve perfectamente inmóvil,

mientras el miraba hacia la puerta en silencio. Se aproximó a mí lentamente, y señalando a Grace, dijo:

-- Esta despierta pero no tiene suficiente fuerza para hablar. Coloca tus manos sobre su frente.

Hice lo que me decía y Grace suspiró larga y profundamente. Con impulso súbito, sentóse en la cama, su cabello en desorden, los ojos fijos en un objeto invisible. El Punditji me previno que no hablase ni me moviese sin que me lo indicase. Me senté y permanecí inmóvil en mi silla.

-- Yo veo a Ralph -- exclamo Grace.—El no me ve; esta en un espléndido salón de baile, entre una porción de hombres y mujeres elegantes. Ralph es el más bello de la reunión de hombres hermosos. Se une a una morena preciosa, la reina entre las mujeres que allí hay. Rompe la música en oleadas encantadoras que provocan al baile. Yo no puedo distinguir la cara de su compañera. Una nube espesa la envuelve, Ralph y la morena son arrebatados por las olas de armonía, ¡Ah! ¡Que pensamientos no expresados irradian de ella, asumiendo la forma de culebras luminosas y transparentes que se retuercen y se enroscan alrededor de su cerebro y su corazón, anillo tras anillo. ¡Ah! Otra se precipita a sus labios, a manera de un hilo tenue de humo, penetra en aquellos lugares brillantes de su corazón, y los ofusca. Hay otra también que, como vapor de algún veneno sutil, se hunde en los huesos de sus dedos, y a manera de un rayo, circula através de todas las fibras de su cuerpo. Con potente violencia, lanzase la sangre en tumulto por las venas y arterias. ¡Ay! No puede apagar el fuego que, despidiendo humo gris arde por todo su cuerpo. El hilo argentino de la voluntad que le mantiene unido a su hermosa alma, pende desprendido. El tiembla. ¡Quien pudiese estar contigo y derramar en lagrimas mi corazón y mi alma para salvarte del incendio!. Su cuerpo robusto tiembla con el terremoto violento que pone en convulsión su naturaleza entera. Se ha marchado. No lo veo ya.

El Punditji me indico en silencio que pusiera mis manos sobre su cabeza.

-- Gracias—dijo Grace, cuando hube separado mis manos.—Si él esta allí; la mujer sentada a su lado con toda la languidez voluptuosa de la fatiga. Habla con él, pero aun no puedo oír lo que dice, veo el torbellino psíquico de la pasión. Siento como su área de la succión se extiende. Veo que inocente e inconscientemente están en los bordes, de sentirse atraídos con fuerza creciente por remolinos menores que proceden del vértice original de Ralph y la morena. Esta vuelve la cara; la densa nube que la envolvía de aclara, se hace transparente. Desaparece. ¡Cielos es *ella!*

Grace Stanley cayó sobre la almohada, como herida por un rayo. Por indicación del Maestro puse de nuevo mis manos sobre su cabeza, y volvió a la vida; trató de levantarse, pero sin lograrlo. Quitó las almohadas, obedeciendo a la orden silenciosa del místico Brahmánico, y entonces quedó tendida por completo en el lecho.

-- Es una casa de campo muy linda. La luna, como la esperanza de un corazón desesperado se rompe en un millar de fragmentos sobre la trémula superficie del lago. ¡Que hermosos son los árboles que afectuosamente se inclinan sobre el edificio! Ralph está apoyado sobre un árbol trazando con su bastón figuras sobre la tierra. Los macizos de jazmines y las enredaderas se mueven suavemente, y la sombra de una forma humana aparece a distancia. Es ella. Ralph la abraza se sientan bajo el verandah en un banco rustico. Una mano de ella en torno al cuello de Ralph; la otra abandonada entre las de este. Su cabeza desciende poco a poco hasta ponerse en el hombro de Ralph. ¡Oh! Otra vez las serpientes se retuercen y se lanzan inflamadas de labios, ojos, fosas nasales y puntas de los dedos de ambos amantes.

¿Quién es ese viejo que, revolver en mano, está en pie delante de ellos? Ella se levanta bruscamente, Ralph se hecha a un lado. Del cañón del arma mortífera sale humo. Ralph, agarra por el cuello al anciano. Ella oculta la cara con sus manos. Los dos hombres luchan jadeantes. El anciano cae: esta muerto. Ralph levanta en sus brazos el cuerpo sin vida. ¡Cuan fría es el agua del lago! Muchos quisieran dormir en ella, pero no por cierto el que a ella va.

Sus ojos, a pesar de que los años le han arrebatado el fuego, no habían contemplado todavía bastante aquélla hermosa forma que permanecía a su lado cuando su espíritu se lanzó al espacio en medio de la agonía, consumido por el odio. Pero ella vio en el alma del anciano la sonrisa triste y compasiva, cuando la lucha postrera por la vida cesó, para dar paso a la paz de la muerte.

Grace se detuvo, aparentemente sin vida. Coloqué sobre ella mis manos, suspiro débilmente, soplé sobre ella, abrió los ojos, y dijo:

--Su hijo ha nacido. La misma casa de campo. Otra vez Ralph y ella. Ralph lleno de remordimientos, sombrío y silencioso. Ella es una medusa que con su mirada le petrifica. Oprime el niño contra su seno. El vuelve la cara al contemplar en su faz una mirada que no es de esta tierra. De repente lanza con violencia al niño al lago, y cae muerta a los pies de Ralph.

La Némesis está formada por el amor de aquella mujer transformado en odio, asesinato, traición, remordimiento y lujuria, que se combinan para darle nacimiento. Se alimenta y crece a expensas de la fuerza vital no agotada de esta mujer miserable. En donde él pone su pie, coloca ella también los suyos.

El Karma de Ravenshaware sigue sus huellas con fría y fatal pertinacia. Come con él, juega con él, y mientras duerme, vela. Jamás, ni por un solo momento, se cierran los ojos de aquel Karma; Karma al cual ha sido concedida una forma por el alma caída y miserable de ella, que por el quebradizo lazo del matrimonio, cuya mano furiosa aplastó la flor inocente del árbol del crimen, y cuyo corazón, llena hasta no poder más, estallo en pedazos ante la irresistible presión de fuerzas acumuladas.

Grace Stanley pareció fijar sus grandes ojos como si quisiera reconocer algún objeto en medio de las tinieblas profundas. El esfuerzo era en exceso grande para ella, y su energía vital casi agotada, tenía que ser restablecida mediante un esfuerzo artificial para que pudiese continuar. En pocos segundos una tranquilidad inexplicable cayó sobre ella. Cerró sus ojos con el sosiego perfecto del niño de un mes. Su voz pareció vibrar con armonía extraña, y pronto cambió de tal modo, se sublimó de una manera tal, que era tan solo el recuerdo de su antigua personalidad. Hablaba, y el sonido de sus palabras era claro, vibrante, argentino, como el del cristal más puro.

--Los hilos de ambas vidas- continuó- están en exceso enredados para que se les pueda separar fácilmente. Ralph se movió con gran rapidez hacia una parte de la órbita de su vida, que habría destruido el poder de la criatura miserable y medio muerta, la ejecutadora de la Ley del Karma, gracias a la influencia de otras fuerzas que yacen en él dormidas. Pero el esfuerzo fue excesivo. La vida de Ralph no era lo suficiente fuerte para resistir al choque de reacción. Su amor hacia mí no logro quebrantar las cadenas del remordimiento que le mantenían atado a su culpa y a su crimen.

La Razón, la vía láctea para comunión del alma con la vida externa, esta por completo quebrantada. Pero mi amor es bastante como para reconstruirla de nuevo. Yo sé que debe de ser así, y que la Ley del Karma lo ordenara. Ahora lo veo. Veo como el pasado se transforma en el presente; pero no puedo decirlo. Por amor perdí mi vida pasada: por el amor sacrificaré la presente: así conviene que suceda. Veo mi alma tendiendo el vuelo a través de nubes de oro.

Con una sonrisa cuya radiación argentina transformo todo el ser de la extraña doncella, quedo sumida en un estado de calma que desafiaba toda descripción.

Los primeros albores de la aurora comenzaban a disputar el campo al resplandor más suave del cielo nocturno, del cual la luna había ya desaparecido, y el gorjeo de los pájaros anunciando el despertar del día, se oía fuera de la ventana que había abierto yo, a fin de que la frescura del aire matutino penetrase.

-Levántate- dijo mi venerable perceptor- el doctor viene; y mientras contemplaba las facciones transfiguradas de la hermosa Grace Stanley, me hizo algunas advertencias, invitándome a salir del cuarto de la enferma.

## CAPITULO V

### El Cuerpo Astral

Fuera de casa encontré al Dr. Christopher montado en su jaca, hablando con Mr. Barlowe, y manifestándole cuan grande era su pena por el triste suceso que había tenido lugar. Ante todo nos fuimos al cuarto de Ravenshawe. Estaba acurrucado en un ángulo de la cama, y en cuanto entramos, la mirada que nos lanzó era de un animal salvaje encerrado en su jaula. Ni la menor señal de conocernos demostraban sus ojos. Al poco rato saltó de la cama, y haciendo sonar violentamente sus palmas de sus manos, grito:

-Ahora vosotros no tenéis más poder. La maldición ha terminado. Yo seré feliz. Levanto la cabeza y estuvo durante algún tiempo contemplando el techo, y volviéndose al Dr. Christopher, dijo.

-Me voy a casar pronto, muy pronto, ¿no lo sabe usted reverendo señor? Ella ha muerto, y yo seré feliz. La estoy esperando. Yo no diré su nombre, pero usted la conoce. El traje nupcial es encantador.

El Dr. Christopher colocó su mano con suavidad en el hombro de Ralph; pareció inútilmente recordar algo.

Mr. Ravenshawe- dijo el Doctor; esta usted enfermo y tiene usted que acostarse. Una ligera ráfaga de inteligencia comenzó revelarse en el semblante de Ralph, pero desapareció pronto. ¡Ravenshawe loco! Esta sublime palabra tenía ahora para mí una realidad terrible, como jamás la había tenido antes. Lo intenso de la realidad hacía que todo me pareciese un sueño. Estaba

desconsolado, y sin embargo, no era desconsuelo lo que sentía. Un peso enorme oprimía mi cerebro; mire a Ralph en silencio, y vi el cambio extraño con tanta rapidez verificado. De repente, lanzose através del tumulto de mis pensamientos, cayó Ralph en mis brazos, sollozando violentamente. Al concluir de llorar, estaba aniquilado por completo. Le dejamos con su antiguo criado Indio y nos fuimos.

Grace, excitó en mayor grado el interés del Doctor. Su opinión fue que se trataba de un sueño cataléptico, que creía no durase más de treinta y seis horas, durante el cual había que dejarla totalmente tranquila. Dijo, además, que no necesitaba alimento alguno hasta que volviese a la conciencia. Después de darnos algunas instrucciones más, nos dejó, prometiendo volver al día siguiente. Le acompañe un rato y estuvimos discutiendo el carácter total de la catalepsia, y la curiosidad científica del doctor quedo en alto grado excitada con la perspectiva de algunas experiencias nuevas por completo; y cuando nos separamos me manifestó su intención de proceder a unas cuidadosas observaciones que darían luz a un punto en cierto modo oscuro, y que quizás harían su reputación en el mundo de la medicina.

Al dejar al doctor Christopher, puse mi caballo al galope para llegar con puntualidad al valle situado más allá del bosque, Donde el Maestro me había dado cita. Le encontré ya allí y le seguí a una pequeña choza de extraña construcción. Era enteramente de madera, no descansaba directamente sobre el suelo, pues a manera de un trípode la sostenían tres barras de una materia metálica curiosa. Constaba de un aposento tan solo, al que subimos por medio de una escalera, la cual fue levantada después por el mismo joven que me sirvió de guía a la biblioteca subterránea. En cuanto se cerró la puerta, la débil luz que del exterior penetraba, desapareció por completo, y durante unos pocos momentos permanecimos sumidos en la más perfecta obscuridad. El primer objeto que en medio de las tinieblas percibieron mis ojos, fue algo, de lo cual, una luz pálida y fosforescente procedía. Este objeto levantose lentamente del suelo y empezó a flotar suavemente cerca de nuestras cabezas. La luz aumento en brillantez y en fijeza, y con gran sorpresa mía descubrí que era el joven Brahman, el que, gracias a algún proceso misterioso, parecía flotar en el aire, a mi ver sin ningún esfuerzo aparente, y desafiando por completo a la fuerza de la gravedad. Estaba vestido muy ligeramente para poder llevar consigo algo que se asemejase a un globo con que pudiese neutralizar y vencer la atracción de la Tierra. Cuando su cabeza se puso en contacto con el techo, broto de la misma una llama pura y cristalina que allí permaneció estacionaria a medida que

descendía lentamente al suelo. Mirando en torno mío, descubrí tres taburetes con patas de cristal dispuestos en forma de triángulo.

A indicación del Maestro, el joven Brahman se sentó en uno de los taburetes, mirando al Sur; nosotros dos nos colocamos en los otros, quedando yo a la izquierda del Maestro. Con voz clara, fuerte y armoniosa comenzó el Maestro a cantar un himno de los Vedas. Yo le oía extasiado. La rítmica corriente de sonidos producía en mí un efecto peculiarísimo. En pocos segundos desapareció el sonido de mi conciencia, a pesar de conocer que el canto no había cesado. El sonido empezó a tomar formas visibles para mí. Yo veía formas bellas y etéreas flotando rítmicamente a través de la habitación y más allá de la misma de la misma, pero no fuera de mi visión mental, puesto que ni los muros ni el techo oponían obstáculo a mi vista. Lejos muy lejos iban ellas; penetraban en el corazón de la madre tierra a manera de sonrisa de ternura, y a través de todos los objetos groseros y tangibles pasaban como una corriente de delicias. Ellas iban del empíreo cristalino de los cielos, en donde mis ojos eran apenas capaces de seguir a la visión extraña, y finalmente, fundían sus vidas en el océano de fuego divino que eternamente palpita en torno de nuestra mortal esfera, y que la separa de la presencia divina que más allá existe.

Cuando recobré mi conciencia normal, encontré al joven Brahman sumido en profundo éxtasis, y su cuerpo entero brillando con una extraña luz azulado-amarillenta. Fuera del campo de esta luz comenzaron a aparecer formas y figuras de colores distintos. La substancia etérea estaba en estado de gran agitación cerca de la base de la espina dorsal. El área que comprendía el lugar en donde los movimientos eran más activos, estaba determinado por cuatro curvas, cuyas concavidades se hallaban vueltas al exterior. Gradualmente adquirieron estas curvas el color de sangre, pero de un tono más profundo, mientras que el espacio que compendian presentaba el amarillo brillante del oro fundido. Poco a poco en el interior de la figura apareció una cruz inscrita en un círculo, de cuya circunferencia brotaban violentamente ocho puntas de lanza, a manera de rayos en reposo. El cuadro era teatro de la actividad más incesante, y cada uno de los puntos del mismo parecía animado con *la potencia para engendrar la vida*. Del centro de esta figura elevose una columna del blanco más puro. Un hilo sutil, deslumbrador, como un rayo, dio tres vueltas en torno del extremo de esta columna, y completando solo *a medias la cuarta vuelta*, y ésta perdióse, fundiéndose en la masa de resplandor vecina. Este hilo sutil de fuerza vital emitía un sonido particular, no muy distinto del zumbido de un enjambre de abejas; pero a medida que las demás vueltas de la vitalidad desaparecían de mi vista, el zumbido trocose *en sonido de respiración*. El hilo

vital pronto reapareció en otra región de actividad mas elevada en la espina dorsal, y paso al través del campo deslumbrante de luz roja, a manera de un relámpago de zafiros. Moviéndose hacia arriba, convirtiéndose en un triangulo de viviente fuego, de fuego viviente que ardía por si mismo sin necesidad de combustible alguna. La corriente de fuerza pasó entonces sucesivamente através de otras dos regiones, de un color confuso y en exceso complicadas, para que me atreva a describirlas. Al llegar al cerebro, me pareció aumentar el área y asumió un color como el de la luz de la luna, pero deslumbrante, y su violenta agitación hacia visible y daba forma al movimiento mismo.

Por un momento, la forma del asceta desapareció por completo de la misma, dejando en su lugar una masa de resplandor objetivo, en la cual los ojos se perdían en un sentimiento de uniformidad que confundía. Estas tinieblas producidas por el resplandor sobrenatural, fueron lentamente disipándose, y vi ya la forma del joven asceta, sin vida, pero no muerto, sin embargo, en el taburete y en la posición misma que al principio; más encima de él, flotando en el aire, estaba una reproducción perfecta de su cuerpo, compuesta de lumbre etérea. El Maestro toco mi frente con el dedo índice de su mano derecha; y de un modo misterioso, mi ser interno recibió la impresión. Comprendí que lo que había visto era el proceso, por medio del cual el neófito, con ayuda del Maestro, formaba su cuerpo astral de la masa caótica de la astral envoltura que rodea al cuerpo grosero en su condición normal, después de lo cual, gracias a la voluntad concentrada de todos los presentes, quedaba el doble casi por completo separado de la « cenagosa vestidura de miseria », y solamente delgadísimo hilo de luz argentina saliendo del extremo de la cabeza del cuerpo físico desaparecía en medio del fantasma astral, y mantenía así la posibilidad de una reunión entre ambos cuerpos. Me advirtió el Maestro que observase atentamente el cuerpo, y al mover su mano, vi brotar de la misma un rayo de luz, y si que nada le pusiera obstáculos, lanzose al espacio. Psíquicamente seguí el curso asta que la casa que por la mañana había abandonado apareció ante mis ojos. Cada uno de los objetos del mundo material, era transparente para el rayo de luz, el cual se transformo en un haz resplandeciente al jugar en trono de la cabeza de la forma inconsciente de Grace Stanley, tendida en su lecho.

En el acto, el fantasma astral comenzó a oscilar y a volverse como atraído por algún remolino titánico que le lanzo con violencia espantosa a la largo del rayo psíquico. Un solo instante le vi revolotear a manera de sueño resplandeciente, por encima de la extraña y cataléptica doncella, y después ya no le vi más. Desapareció como si hubiese sido absorbido por la carne y los

huesos de Alice Stanley. « Escucha la voz de tu alma, y observa como la vida de los individuos se hayan entrelazadas las unas con las otras a manera de una red por su Karma, - dijo el Maestro.- Sentí entonces como si mi cuerpo fuera a manera de muro de separación que limitase el campo de mi capacidad perceptiva y la actividad de mi pensamiento. Era tan solo una condición de ser y no ser. Era solo un estado y no sustancia alguna. La intensa actividad psíquica, que era producida en mí por causa que solo vagamente puedo conjeturar, parecía pulverizar el cuerpo hasta colocarlo en una condición más exaltada de existencia o vida psíquica, así como la juventud se transforma en la virilidad plena. Entonces podía contemplar yo las líneas de actividad en la esfera del alma, la cual la contenía en su interior todas mis manifestaciones en la tierra, cruzadas y vueltas a cruzar de nuevo por otras muchas líneas similares que partían de otros centros y formaban otras personalidades. Vi un triangulo gigantesco de un color amarillo pálido, cuyos lados se prolongaban más allá del vértice y se unían de nuevo para formar otro triangulo en un todo semejante al primero, si bien de un color diferente, azul oscuro. Como las líneas procedían del ápice del triangulo amarillo, reconocí que la base del triangulo azul estaba formada por el joven Brahman, y por Hugh St. Clair y Grace Stanley los lados. En aquel instante, una voz que no oí, pero que me pareció ser lanzada a mí yo pensador por algún medio misterioso, declaro solemnemente:

« Azul es vida y amarillo muerte. Azul es presente y amarillo pasado. Azul es vista y amarillo memoria. Mira con más atención y veras como la vida que era ha originado a la vida que es. Esta es la ocasión en que el Gran Señor te revelara los secretos del pasado; al futuro no se le pueden quitar todavía los velos. Tu prometida celeste, tu alma, te espera impaciente en la cámara nupcial; pero solo debes tú acercarte a ella ».

« Nadie más puede contemplar su esplendor desnudo. Tu amor ardiente y la firmeza de tu fe en Karma, pueden únicamente guiarte hacia ella. Pero cuidado. No pierdas el tiempo con el error, que es la hechicera y con sus doncellas las Pasiones, que sueltos los cintos y con trajes en desorden, velan junto al sendero angosto de la Verdad, que no pueden cruzar. Durante el pasado fue sembrada la semilla y ahora ha llegado la época de la cosecha; la mano que la esparció debe también recoger los frutos. La savia que pone al alma en flor, deriva su vida del placer perfecto y del amor perfecto. Un pecado contra el amor, lo es también contra la sabiduría. Oye, tú que eres tan sabio, según tú mismo: un alma sumida en el pecado y en el dolor, es real y verdaderamente solo un fragmento de sí mismo, aunque la ignorancia puede decir que es otro y no tú mismo; en la ignorancia, te mantienes firmemente adherido al otro

fragmento y llamas al todo tú mismo. No existe más yo que UNO, aunque miríadas de formas reflejen sus rayos. Evita el mal, pero no al malvado. Ama la imperfección por consideración a la perfección que, a través de aquella, lucha por la vida. Procura vencer la ignorancia por medio del saber y no por la ignorancia con sus innumerables formas de odio y malicia. Toda negación de simpatía fuerza la alma a experimentar aquella manifestación de la vida a la cual la simpatía a ha sido negada. La simpatía es suplemento de vida para el alma, es el cumplimiento de la ley por sacrificio. Recuerda la narración en el Libro del Karma y lee lo que el dedo de la inflexible diosa ha escrito en tu corazón. Solo obedeciendo es como se vence el Karma. Ahora despierta. ¡Vete!>>.

En letras de fuego, la inscripción de Karma apareció ante mis ojos:

<< Grace Stanley tiene que ser una mujer casada. Cásate con ella y cumple la ley>>.

Al despertar encontré al Maestro en pie delante de mí.

<< Ahora hijo mió - me dijo sonriendo - la voz interna ha hablado ya. Cumple la ley. Toma por mujer a la doncella inglesa. Pero no permitas que nuevos sentimientos terrenales obscurezcan tu alma. Hazte cargo que tu y tu alma sois uno mismo y desde aquellas serenas alturas contempla los actos de aquello que en ti pertenece a la tierra hasta que la tierra vuelva a recobrarlo que es suyo. Se tan solo el testigo y deja a tu naturaleza que luche. No permitas que Karma te domine: colócate en un plano superior al suyo. No te pierdas tú mismo en la acción; vive en el seno de la paz interna. ¡Ojalá no se desarrollen jamás en ti la pasión ni el apego a las cosas del mundo!. No olvides en medio de las pruebas y sufrimientos, que solo la ignorancia es el dolor y que el saber tan solo es la felicidad suprema. La hora ha llegado. Anda a trabajar. - ¡Ojalá las bendiciones de todos los santos puedan reposar sobre tu cabeza, hijo mió! >>

Cogió el sabio el cuerpo del joven Brahman en sus brazos, y lo colocó sobre un lecho de hierba Ausa, en el extremo opuesto de la habitación. Me acompañó hasta cierta distancia de la casa y me despidió con sus bendiciones.

## CAPITULO VI

### EL ALMA ERRANTE

Un misterio parecía oprimirse por todos los lados; parecía mezclarse con mi aliento y hacer presa con sus garras en mis miembros a cada uno de sus movimientos. No era, sin embargo, penoso. Un sentimiento extraño de alegría infundía en mi naturaleza una energía particular, a manera de la sensación de libertad experimentada en sueños cuando nuestra alma entera parece flotar más allá de las cosas, en el mundo de sensación pura en el cual los sentidos desaparecen. Antes de separarme de mi místico preceptor, le pedí una explicación del misterio, aunque sentía yo que todo era claro para mi alma. Pero un velo de niebla lo separaba de mi vista mortal.

Cierto es, en verdad - dije yo - la Ley del Karma es inescrutable. El primer paso que doy para abrirme camino a través del círculo encantado de la causa y el efecto, cuya encarnación cristalizada es la vida del hombre, me lanza de nuevo atrás, me precipita en el torbellino de la vida mundana. Ansioso de quebrantar los lazos de la existencia ordinaria, me veo obligado de contraer lazos y obligaciones nuevas. Impaciente por renunciar al hogar y a mis amigos, contemplo ante mí la vida matrimonial con su hogar peculiar y propio.

- Hijo mío - contesto el místico; - nuestras acciones y pensamientos son fuerzas naturales, que, una vez puestas en movimiento, deben seguir el impulso que la rueda de causación haya dado una vuelta postrera. Si lanzas una flecha a tu amigo creyendo que es un ladrón, ¿podrás hacerla volver atrás en cuanto que has comprendido el error? Las causas que has engendrado producirán los efectos consiguientes, por mucho que te disgusten estos. Lo más prudente, por lo tanto, es sufrir con paciencia y sangre fría la manifestación múltiple é inestable de tu Karma pasado, y evitar con cuidado exquisito el caer de nuevo e ignorantemente en el torbellino de la vida ilusoria. Mira tu vida como un servicio prestado a la tierra misma, y renuncia en lo que a ella se refiere a todo interés egoísta. Esta es la renunciación verdadera. Sabe, que eres el Espíritu Infinito de la Naturaleza y mira tu vida consciente como a la obra de la Naturaleza misma. Tú no eres más que el espectador. Esta unión con el todo es

la felicidad suprema, que brota de las cenizas de pecados y tristezas consumidas por el fuego de la sabiduría y el amor universal. Mientras que dependas de condiciones, tu libertad esta lejana; pues las condiciones cambiaran y con ello sufrirás, El dominar las condiciones todas de modo que no se opongan a nuestro plan de placeres personales, es imposible. Jamás obtiene la felicidad suprema el hombre, que pretenda dar lugar a un cambio en la infinidad de condiciones de modo tal que no sea para él causa de dolor. Lo eternamente infinito no puede cambiar, pero si pueden hacerlo tus tendencias y deseos finitos. Consigue, pues, la corona, la gloria de la vida, trocando tu yo finito por el infinito que es el Ego más intimo de Hugh St. Clair, ahora ante mí.

- Maestro - dije yo; - sabias son vuestras palabras y ojala permanezcan en mi corazón. Pero dignarme explicar la manera de obrar de las causas que me impelen hacia el mundo, mientras mi corazón quisiera huir de él.

El venerable Brahman con una sonrisa cuya radiación cristalina pareció iluminar mi alma con el resplandor argentino de la paz, pronuncio los versos sánscritos:

<< Vaneshu doshan prabhavanti raginain  
Griheshu panchen driya migrahas tapas,  
A Kutsite Karmaniya pravarté,  
Nivritta rásgasya grihan tapovanam >>

- Hasta en la selva - dijo reanudando la conversación en ingles - las pasiones aumentan en potencia. El dominio de los cinco sentidos dentro de casa, es ascetismo. Lo mismo le da su casa que una ermita en el bosque a aquel que sin pasiones engendra Karma irreprochable. Hijo mío, la diferencia en las condiciones de la vida no son de consecuencia ninguna para aquellos cuyas almas, gracias a su devoción al espíritu interno, han alcanzado la tranquilidad suprema. ¿Por qué fijarse en la forma de la copa, fea o hermosa, si contiene la ambrosía de la inmortalidad? El Espíritu Supremo esta en todas partes en ti; ¿por qué, pues deseas una cosa más otra? Si por devoción puedes unir tu alma al espíritu interno, todas las condiciones de vida serán para ti lo mismo, porque tu corazón habrá alcanzado la felicidad suprema. Solo en los momentos de mayor exaltación de tu naturaleza, has percibido vagamente la luz interior. Tú no puedes sentir que tu alma es propiamente tuya, estés en donde estés y hagas lo que hagas. Tu corazón es tímido y tu devoción es débil. Tu Karma te coloca en una esfera de vida, en la cual únicamente recibirás la lección que tienes que aprender, y llevaras a cabo el sacrificio que le dará alas a tu

devoción. Mira, pues, con gratitud a tu Karma que te da exactamente lo que necesitas y no murmures.

Padre, yo no me quejo - conteste; - pero siento como mi propia identidad desapareciese. Con todos los anhelos de mi alma, he mirado hacia la vida serena y pacífica que desciende sobre todos aquellos que han dejado tras de sí los placeres y tristezas de este mundo. Al sumirme en la inconsciencia del sueño, este deseo a sido lo último que ha muerto en mí, y lo primero en volver, al despertar ante la luz del día.

- Hijo mío - continuo el Brahman después de una pausa; - tu Karma es ser jefe de familia y no puedes engañar a la Naturaleza, buscando un camino más corto que te conduzca al ideal. El sendero de la Ley es tan uniforme como el filo de una espada. Cumple la Ley. Recuerda que Janaka, el rey sabio, era rey entre los hombres y sin embargo, uno de los más grandes entre los sabios de la tierra. Está tu vida, es el producto de tus acciones previas, que deben dar lugar a sus legítimas consecuencias. Cumple con tu deber alegremente y sin mirar para nada a tu personalidad, pues llegará el día de la redención. No es tu destino peor que el del joven cuyo cuerpo yace aletargado en la cueva de un templo, pero cuya alma en destierro cumple el suyo. A los dos juntos os oprimían las ataduras del pecado; para los dos brilla la luz de la redención. Basta. No será mi mano la que descorra el velo que cubre la faz misteriosa del Karma. El tiempo lo aclarará todo. Recibe mis bendiciones y este aviso de despedida. Cumple con tu deber sin el menor sentimiento de egoísmo y conserva tu personalidad independiente por completo de tus acciones. No permitas que tus actos forjen eslabones nuevos en la cadena kármica; pero déjales que pasen sobre ti a manera de agua que, resbalando en las hojas de loto, no lo mojan. El nuevo Karma te conducirá a una continuación de la vida material con todos sus placeres, mezclados con angustias y dolores.

- Padre, no es de mi destino del que ahora, en medio de vuestras bendiciones, me lamento. Procurare siempre cumplir con mi deber, sea cual fuere la esfera de mi vida en que me halle. A las consecuencias, las miraré como asuntos de observación y no me inspirarán ellas ni aversión ni entusiasmo. Pero hay otros cuyo destino se hallan entrelazados con el mío. ¿Con que cara he de solicitar la mano de Grace, la mano que ella ha prometido al más querido de mis amigos en la tierra? ¿No sería un insulto para Grace y un ultraje para sus sentimientos, el proponerle un enlace semejante, mientras vive el hombre al que ella ama?. Y en cuanto a Ravenshaware, ¿No sería cada mirada de sus ojos extraviados, un puñal que perforaría mi corazón traidor? ¿Puedo vele llegar a nuestra casa, y llena de reproches preguntarme «¿Hugh en donde está mi prometida?»».

Lo vívido de la escena que mi imaginación evoco, me domino por completo. La fiebre ascendió a mi cerebro; de mis sentidos se apodero una convulsión. Caí a los pies del Maestro.

- Detén esas lagrimas - exclamo el místico con voz enérgica y digna, pero sin la menor sombra de dureza;-no envenenes la corriente de vida para la humanidad y para la tierra con necias lamentaciones.

- No juzgues por las apariencias - continuo el sabio;- Karma ha colocado sobre tu alma el velo de la ignorancia y te ha ocultado la verdad. ¿Cómo sabes tú que Grace, con la cual te encontraras a tu vuelta, es la misma doncella que dio su palabra a tu amigo?. Puede ser meramente una identidad ilusoria debida a la identidad del cuerpo. Dirige la pregunta a tu propia alma, y hallaras la verdad. No existe verdad ninguna en la vida del cerebro. La inteligencia puede únicamente relacionarse con verdades que llegan de una región desconocida y jamás puede darles origen. Hasta cuando tú piensas, el presente se convierte en el pasado, eludiendo así la garra de la inteligencia. Busca en el alma, ahora oscura y desconocida, la verdad que la inteligencia registra en el mecanismo pensante, imaginando neciamente que ha sido engendrado por ello. Ten fe en Karma y no vaciles más. Grace y Ralph te bendecirán cuando hayas cumplido con tu deber.

Sentí la verdad de las palabras del Maestro, aunque resultaba impalpable a mi mente. Pero de pronto, una profunda calma descendió sobre ella y parecí absorberme en un sentimiento indescriptible que comunicaba a las palabras del Maestro una realidad que no conoce jamás razonamiento alguno. La verdad fue revelada al ojo de la intuición, a pesar de que el hombre normal no ha podido asimilarla, sin embargo, á manera de incorpóreo perfume, penetra mi ser entero. El mundo, con todas vicisitudes y ansiedades, desapareció ante mis ojos, y una paz inefable se apodero de mi alma: sentí que yo era Yo.

- Ahora, Hugh St. Clair, al mundo, a cumplir con tu deber - dijo el Brahman; - su voz me volvió a la plena conciencia de las circunstancias que me envolvían. Pero me sentí dueño de ellas y no al contrario. Salude a mi Maestro, proseguí mi camino; mis responsabilidades eran mayores, pero mi fuerza era mayor también.

Era una noche sin luna, pero grandes y resplandecientes estrellas lanzaban sus dardos de plata a través de las hojas temblorosas. La música monótona de las lejanas cascadas de Malsadeo vibraba en la atmosfera, la cual no había sido todavía perturbada por las pisadas de mi caballo que recibía la tierra cubierta de césped. Los grillos y la cigarras, tan numerosos en los bosques de pinos del otro lado del valle donde me encontré por la mañana con el místico Brahmánico,

Parecían faltar por completo. Estaba ya solo; solo con mis pensamientos. El murmullo del agua y sus movimientos de mi caballo descansaron mis sentidos y gradualmente parecieron desprenderse de mí y de mi vida interna. Lo que el Maestro había dicho acerca de Grace y de Ralph, oprimía mi mente. La Grace que iba a encontrar no era la Grace que prometió fidelidad a Ralph Ravenshaware. Sabía yo que hay personas que después de graves enfermedades nerviosas, pierden por completo el sentimiento de su identidad primera y se sienten como si hubieran sido lanzadas al mundo desde otra esfera, de la cual no conservan recuerdo alguno. Podía haber quizás una pérdida parcial de memoria, quedando borradas por completo de la mente todas las circunstancias relacionas con alguna persona u objeto particular. Probamente Ravenshaware y todo lo relacionado con él, desapareciera de la mente de Grace. A manera de enorme pájaro que se posa sobre un árbol, torciendo todas sus ramas, una masa de pensamiento descendió sobre mi inteligencia sacudiendo cada una de sus fibras. Quizás el alma de Grace Stanley había concluido su carrera terrena y abandonado su cuerpo realmente muerto; y como su vitalidad inherente no había sido agotada ni por los años ni por enfermedad, podía otra alma haber penetrado en el tabernáculo vacío.

Retrocedió mi pensamiento a la escena que se represento en la cas de base triangular y al misterioso letargo de mi condiscípulo Brahmánico. Comencé a percibir un rayo de luz en las tinieblas impenetrables del misterio. De repente un silbido en el aire y ruido de alas me sacaron de mi abstracción. Levante la cabeza y vi encima de mí una porción de murciélagos. Mi caballo callo casi al tropezar con un tronco de pino, que lo cercano del bosque que tenis que atravesar. Recobrando el equilibrio, estremeciose con alguna violencia y relincho fuertemente; le acaricie y llame por su nombre para tranquilizarle. El bosque, propiamente dicho, estaba a alguna distancia de mí y yo entraba entonces en lo que no puede ser mejor descrito que como un túnel de árboles, pues sus ramas enormes se cruzaban sobre mi cabeza, formando un arco que casi impedía por completo que la luz llegara hasta mí. Pero no eran las tinieblas tan completas como para ocultar el camino, el cual a manera de cinta de plata, se extendía delante de mí. Lo único que me preocupaba era el evitar un profundo foso que me separaba del túnel. Buscando cuidadosamente encontré por fin el estrecho sendero que conducía al túnel y ya no tuve más cuidado por mi camino pues el bosque de pinos estaba a la vista. Por su límite norte pasaba el camino real, por el cual eran conducidos los correos; y a buen paso en una hora, por el mismo debía llegar a la plantación de Stanley. Intente resumir la serie interrumpida de pensamientos, pero sin lograrlo. Mi memoria, por una

extraña fantasía rehusaba obstinadamente proporcionarme una clave para desenredar la madeja del pensamiento. Grace, Ravenshaware, Punditji, pinos y murciélagos, todos permanecían mezclados en espantosa confusión. Me sentía como si estuviese bajo la potente influencia mesmérica, imposibilitado de recordar pensamientos que se me había mandado olvidar. Estaba algo preocupado, pues me acordaba de que dicen los Indios que la pérdida de memoria produce una ruina espiritual, pero no estuve mucho tiempo sumido en este estado.

Al dar la vuelta para tomar el camino real, me sorprendió un fuerte relincho de mi caballo, cuyos miembros empezaron a temblar. A corta distancia, un árbol joven parecía brillar con luz suave, plateada y fosforescente. Creí en un principio que el árbol era la habitación de una colonia de moscas de fuego, que le cubría desde la copa hasta el suelo. Pero la luz ni se desvanecía ni oscilaba, me vi obligado a desechar aquella teoría. A fuerza de animar y de excitar al pobre animal, logre que se acercara al árbol luminoso y después de examinarlo, vi que era uno de esos árboles fosforescentes de la India, de los cuales había oído hablar con frecuencia, pero que se ven pocas veces. Estaba a punto de abandonar aquel sitio, cuando tropezaron mis ojos con extraño espectáculo. A la distancia de un centenar de yardas, veíase una masa luminosa de vapor, que parecía brotar de la tierra a manera de una exhalación. Asombrado me quede contemplándola, pues empezó a consolidarse y al parecer a tomar forma. Aumentó mi asombro al ver que la forma empezaba a definirse. Por un momento todo desapareció de mi mente y al instante, en medio de un sentimiento imposible de describir con palabras, vi delante de mí a Grace Stanley, a quien por la mañana había dejado inconsciente en su lecho. Acercose lentamente hasta corta distancia de mí. « No se alarme Vd. Mr. St. Clair » - dijo tendiéndome la mano»; -« con seguridad que no cree Vd. Que yo he venido con la intención de hacerle daño».

Me apresure a bajar del caballo, y apreté la mano que Grace me tendía.

- Miss Stanley, usted no se parece en nada a las demás personas que conozco - le dije. Pero sea lo que sea que yo piense, o no piense de Vd., jamás se me ha ocurrido que pudiera hacerme Vd. Daño alguno.

Empezamos a andar hacia la casa, llevando yo a mi caballo a la diestra.

- Mr. St. Clair - dijo Grace después de una pausa; - he venido a darle a Vd. por sus bondades para conmigo.

- A la verdad, Miss Stanley, que no recuerdo haber hecho nada especial en obsequio de Vd. - conteste - nada que merezca especial atención. Estoy seguro

que nada he hecho que pueda justificar el haber dado motivo para que Vd. Se haya molestado viniendo aquí a esta hora de la mañana.

- No hay tiempo ahora para cumplidos convencionales - dijo Grace. - Usted me ha hecho un gran bien, proporcionándome la oportunidad de hacer bien a otro, que hubiera pasado una vida de horror y de sufrimientos indecibles, sin el auxilio que Vd. me ha prestado. Ha sido su destino de Vd. el ayudar a dos de sus semejantes de un modo que no me es fácil explicar, pero que lo comprenderá Vd. cualquier día.

- Miss Stanley, perdone Vd. mi curiosidad. ¿Pero, como ha sabido Vd. que yo tenía que pasar por aquí a esta hora tan intempestiva?

- La explicación es difícil - contesto Grace; - el árbol que ha visto Vd. ha sido una de mis visitas favoritas. En la librería encontrara Vd. diversas vistas de este paisaje, tal como en las distintas estaciones se presenta. El gran deseo que experimentaba de manifestarle mi gratitud, me hizo salir al encuentro de Vd. y después me sentí atraída por mi cariño hacia el árbol. Usted sabe que no hace mucho tiempo que me he visto libre de todas mis perturbaciones. Mi primer pensamiento ha sido para Vd. y he venido tan pronto como me ha sido posible.

- Miss Stanley - la dije - en cierto modo yo soy su medico de Vd.: así que me permito decirle a Vd. lo muy imprudente que ha sido el venir a una hora tan temprana.

- No se preocupe Vd. de ello, Mr. St. Clair. Veo que no se ha hecho Vd. cargo de la situación; mi vida terrena concluyo ya y las prescripciones de los médicos de la tierra no ejercen ya sobre mí la menor influencia.

¡Pobrecilla! - pensé - Ha recobrado la vida con el sacrificio de la razón. El gran choque que sus nervios han sufrido, ha trastornado su mente. Decidí no preguntarle nada más, la corriente de mi simpatía hacia ella aumento en razón del convencimiento de su inmenso infortunio.

- Mr. St. Clair - Continuo Grace: - cuando llegue Vd. a la plantación, encontrara Vd. a Grace Stanley, pero ella no es Grace a quien conoció Vd. antes. Es un misterio, y no es esta la ocasión de explicarlo. Pero oiga Vd., voy a decirle algunas cosas que puedan serle a Vd. si Grace Stanley con la cual se casara Vd., no recuerda los incidentes del drama terrible del cual a sido Vd. actor. A la verdad ella no recordara ninguna de las circunstancias de su pasada vida, como no sean aquellas que tiene alguna relación con la vida que va a llevar en adelante. Muchas pruebas y perplejidades veo que el futuro le reserva para Vd., las cuales le exigirán en gran manera devoción perfecta a las sublimes verdades que Vd. ha conocido .Pero todo concluirá bien, si no abandona Vd. el

puesto que le deber le impone. De otro modo, a manera de un cometa, Vd. mismo se arrancara del sol de su vida y únicamente después de una larga, de una larguísima trayectoria a través de las regiones heladas del espacio, volverá Vd. a su sitio.

No dejándome la menor oportunidad para pronunciar una sola palabra, Grace Stanley soltó mi brazo. Elevose lentamente a algunos pies del suelo y desapareció de mi vista. Permanecí mudo de asombro. Todos mis pensamientos se derrumbaban en ruinas informes ante el terremoto mental que me sacudía. ¿Era que le alma de Grace desprendida del cuerpo por el choque terrible vagaba en libertad temporal?. ¿O era que tendía su vuelo a la mansión de aquellas almas, para las que el combate de la vida termino ya? Permanecí en aquel mismo sitio, inmóvil, como si hubiese echado raíces, hasta que los aullidos de una banda de chacales no lejos de mi, me despertaron. Monte a caballo y salí a escape del aquel lugar hechizado.

## CAPITULO VII

### El maniático

A la mañana siguiente, entre en el cuarto de Ralph. Nada hay más penoso que contemplar una noble inteligencia destruida. En alguna de las fases de la locura, algo especialmente tierno y conmovedor se mezcla con el elemento trágico. Ralph estaba sentado; la belleza varonil de su semblante era la misma quizás mayor, gracias a la completa ausencia de la pasión que tal sello concede a la virilidad y que tan profundamente la separa del estado angelical de la niñez. Sus grandes ojos grises, velados por una sombra de melancolía pensativa, parecían un poco mayores, en comparación a su pálida faz, a la cual los sufrimientos del hombre interno habían adelgazado. A primera vista parecía más bien un penitente, cuya alma sentía el perdón divino, que un maniático; pero en cuanto levantaba la cabeza al hablarle, un algo le faltaba a sus ojos, revelaba instantáneamente la facultad directiva del espíritu interno.

Cuando entre le encontré vestido con su pulcritud acostumbrada, sentado y leyendo un libro de Epicteto. Al entrar, dejó el libro y pareció por un momento

reconocer, pero enseguida la misma vaguedad indescriptible apareció en sus ojos. Apenas me había sentado, cuando copio mi mano algo convulsivamente.

- Ningún filósofo - dijo Ralph tranquilizándose en un momento - Ningún filósofo ha encontrado todavía remedio alguno para la inocencia perdida en de la niñez. Por la mañana fui al jardín y vi al pequeño capullo cubierto con el rocío de la noche. Pensé en mi niñez, cuando mi madre me decía al besarme: Ralph, tu eres un ángel, tu serás bueno y aras feliz a tu madre. Yo acostumbraba a sentarme en sus rodillas y a decir: « Mama, ¿Por qué eres desgraciada?» « Yo soy desgraciada hijo mío, mientras te tenga a ti » - decía mi madre.

No quería distraer al infeliz de sus tan dulces como tristes fantasías, pero temía que la satisfacción excesiva de las mismas, no llevase consigo un ataque de paroxismo.

- Ralph - le dije interrumpiéndole: - ¿No tienes nada que decir a tus amigos? ¿Acaso te has olvidado de mí?

- Yo no olvido nada - continuo - pero espera. Mi madre no se a separado todavía de mí. Un día me acerque a ella gritando: «Mamá, la prima Ethel lo me estaba diciendo lo mucho que ella quería a su papá, y lo mucho que él la quería a ella. Yo quiero a un papa a quien querer y que me quiera a mi».

«Querido hijo mío- dijo mi madre - papá esta en el cielo. Yo se que el te quiere. Pero yo soy ala vez tu papa y mama».

«Que malo a sido papa con irse al cielo y dejarnos aquí. Supongo que tu quieres a papa, y que le te quiere a ti».

« Yo le quiero y le he querido - dijo mi madre entre sollozos; - pero a el bien poco le importaba mi cariño. El me dejo y se marchó a un país extranjero, a vivir entre extranjeros. Ni siquiera por su inocente hijo quiso detenerse. Dios le bendiga a el y a ti, ángel mío.

« Papa era malo: yo no seré como él; yo no te are llorar como él».

Corrían lágrimas a lo largo de las mejillas de Ralph. A pesar de todo mi dominio sobre mí mismo, confieso que los latidos de mi corazón casi se trastornaron. Me era odioso el tener que llorar, pero sin embargo, una especie de fascinación parecía fijar mis ojos en el placido semblante de Ralph. Deseaba que éste callase, pero me encontraba impotente hasta para intentarlo. De pronto llamaron a la puerta y con ello rompióse la extraña influencia que me dominaba. El criado indio de Ralph me entrego unas líneas de Barlowe el cual me esperaba. Dejé a Ralph para ir a buscarle. Este en gran manera excitado se paseaba por al habitación de arriba a bajo. Al verme se me acerco y copio entre las suyas mis manos.

- St.Clair, hijo mío - dijo azorado; una gran desgracia ha caído sobre nosotros.

No puede Vd. figurarse cuan furioso estuvo Ravenshawe todo el día de ayer, mientras estuvo Vd. fuera. Estábamos desesperados. Ahora que ha vuelto Vd., estoy más tranquilo, por que ayer vimos que Vd. tenia una gran influencia sobre él.

- Puede ser - conteste - pues en todo el tiempo que he estado con él, no he observado ningún síntoma de violencia.

- Entonces, espero que no nos abandonara Vd. hasta que haya llegado el Capitán Ravenshawe, para disponer todo lo necesario y llevarle a su casa - dijo Barlowe cogiendo una silla.

- Si; pienso hasta entonces permanecer con Vds. - dije sentándome; - por que como Vd. sabe, Ralph es mi amigo más querido , y no quiero abandonarle hasta haber visto al Capitán Ravenshawe y dejando dispuesto todo lo necesario acerca de la marcha de Ralph a su casa y de su seguridad futura. Precisamente estaba pensando en rogar a Vd. me permitiese permanecer aquí hasta la llegada del Capitán.

- Querido amigo - dijo Barlowe - un gran favor nos hace Vd. quedándose aquí y estoy seguro que Miss Stanley se lo agradecerá profundamente.

- ¿y como esta Miss Stanley?- pregunte - Pues todo lo que he podido averiguar por la ayah, es que había vuelto en si durante un rato; pero que después había vuelto a sumirse en le estado de inconsciencia.

- Si; por un rato recobro el sentido, pero su cabeza se hallaba tan perturbada, que ni siquiera conoció a Miss Barlowe. El doctor vino ayer muy tarde, mientras estaba Vd. fuera y dio buenas esperanzas respecto a ella. Pero diga Vd. ¿Vd. conoce a este Capitán Ravenshawe?.

- No mucho - conteste; - le he visto varias veces. ¿Ha oído Vd. cuando vendrá?.

- Sí - dijo Barlowe. - Le puse un telegrama, según quedamos antes de marcharse Vd. ayer por la mañana, dándole cuenta del triste percance de su primo.

- Pobre muchacho - exclame: - mucho quería a Ralph; la noticia habrá sido terrible para él y más teniendo en cuenta lo animado que estaba, preparándose para asistir a la boda de Ralph. ¿Pero que ha contestado?.

- Dice contesto Barlowe - Que sus pasos para lograr una licencia, no le han permitido obtenerla todavía, pero que espera estar aquí a fin de mes.

Entonces el criado anuncio al medico, el cual entro inmediatamente.

Había visto ya a Grace y con fisonomía radiante, que demostraba su completa satisfacción, dio cuenta de los progresos en la curación de la enferma.

-Mr. St. Clair - dijo, volviéndose hacia mí; - He oído decir a Mr. Barlowe que es Vd. mi colega. Usted tomo el grado en medicina en Edimburgo; yo procedo de la misma Universidad. El que Vd. no practique, importa muy poco, pues en este país no debemos sujetarnos a las formas con pertinacia propia de pedantes. Por lo tanto, le mirare a Vd. como el medico de Miss Stanley, considerándome a mí mismo como el facultativo de consulta, mientras permanezca Vd. en la casa. Ahora debe Vd. entrar en el ejercicio de sus funciones. ¿Que es lo que dice Vd. a esto, Mr. Barlowe?. ¿No es acaso un arreglo satisfactorio? - añadió el Dr. Chistopher con amable sonrisa.

- Ustedes que son personas ilustradas - replico Barlowe - deben decidirlo. ¿Qué puedo yo, un pobre profano ignorante, decir de cuestiones de tal importancia?.

- Ahora bien: ¿Cuál es su opinión de Vd., doctor St. Clair? - dijo el Dr. Chistopher, con voz que no me dejaba la menor duda de que su deseo era que apreciase yo el honor que me confería.

- Si se me considera digno de un honor semejante - conteste dándole por el gusto al Dr. - procurare cumplir con mis deberes todo lo mejor que pueda.

El Dr. Chistopher sonrió con gran satisfacción. Se arrellenó en su asiento y comenzó a acariciar su barba con un aire de complacencia que se reflejaba en todas sus facciones.

- Y ahora, Dr. Chsitopher, ¿Qué piensa Vd. acerca del estado de Mr. Ravenshaware? ¿No ha ido Vd. todavía a verle? - dijo Barlowe.

- ¿Mr. Ravenshaware? ¡O, no!; no le he visto esta mañana - dijo el Dr. poniéndose grave y serio. - Además, no creo poder hacer mucho por él. Es un maniático violento y debe permanecer rigurosamente encerrado hasta que pueda ser conducido a lugar seguro. Esto es todo cuanto puedo decir. ¿Y Vd. Mr. Clair?.

El Dr. evidentemente trataba de impresionar a Barlowe por sus meritos propios, por medio del descubrimiento de meritos en mí, en quien nadie los había descubierto antes.

- Bien - conteste al ser interrogado de ese modo; - Hasta donde mi comprensión llega, Ravenshaware de halla fuera del alcance de los medios facultativos. Hasta este punto coincido perfectamente con Vd., Dr. Chistopher. Ravenshaware necesita únicamente los cuidados y el cariño de un amigo y mientras este yo aquí, no le faltara ni los unos ni el otro.

- Que bueno es Vd. St. Clair - dijo Barlowe con algún entusiasmo; - siempre le he creído a Vd. así.

- Su conducta de Vd. merece las mayores alabanzas - añadió el Dr.

Con esta aprobación del hombre de ciencia, termino nuestra consulta. Sin embargo, antes de separarnos, me dijo Barlowe que daría orden a los criados para que me obedeciesen como si fuera el amo de la casa. Así es que me encontré involuntariamente colocado en una situación muy extraña. Las circunstancias me obligaban a ocupar un lugar de gran responsabilidad en la plantación y en la familia. En lo referente a Grace no sentía, después de todo, gran ansiedad, teniendo en cuenta lo que había pasado entre el Maestro y yo, sobre que ella se restableciera, no me cabía la menor duda; e igualmente me hallaba convencido de que perdería su razón. Pensaba que mi Karma exigiría de mí el cuidado de aquella hermosa demente hasta el fin de nuestra vida en común, por razón de algún perjuicio que le habría causado yo en una encarnación pasada. Pero en lo que á Ravenshaware se refiere, lo profundamente conmovedor de su aflicción me llegaba al alma. En cuanto a él, mi deber hubiera sido un placer melancólico y lleno de ternura, si hubiese podido unir mi vida a la suya por la devoción de la amistad. Pero sabía yo que no podía ser. A las pocas horas, fui en busca de Ravenshaware: no estaba en su cuarto; su criado me dijo que se había ido al jardín, a donde fui a buscarle. Le encontré sentado en un banco rustico en la glorieta, leyendo a Epicteto. Me senté junto a él, y sin dar la menor muestra de haberme visto continuo leyendo. Al cabo de un rato, arrojo el libro y dirigiéndose a un pequeño seto de jazmines.

- Esta flor pequeña - dijo - es mi hermana; nacimos juntos. Dice que ella era una doncella inocente y feliz. Ella dijo al sol y a la brisa que jamás la hicieran florecer. No, ella no quería florecer; solo quería permanecer estrechamente unida al seno su madre. Que no florecería, que no florecería, que no florecería, ella dijo. Pero la brisa llegó y llegó y llegó. Ella se olvido de si misma y floreció. Su esencia suave de amor se transformo en una pasión de perfume en cuanto el sol sonrió sobre ella con desprecio; en cuanto la brisa al besarla le arrebató su canto de amor en sus alas. Su pasión aumento más y más, hasta que su propio perfume la hizo perder el sentido y se volvió loca. La brisa ya no llevo consigo su canto de amor, solo llevo su fúnebre lamento. ¡Pobre niña! Ya no se sonreirá más. Pero otros tomarán su vida y vivirán; otros que a no ser por su vida no hubieran vivido. Todo no es más que una rueda.

Conteniendo mis lágrimas con dificultad, me cogí del brazo de Ralph, y lo lleve hacia los estanques. Conmigo era dócil como un niño y lentamente nos dirigimos hacia el lago.

- ¿No sabes tú - dijo Ralph en cuanto nos hubimos sentado en un banco - lo que me ha contado aquella flor pequeña?. Ha dicho que nuestras pasiones abren nuestros corazones y que todo el perfume se desvanece, dejando el corazón enloquecido y buscando en vano su tesoro extraviado. Ella ha dicho: hermano mío, vienes a mí demasiado tarde para no encontrar más que los pétalos marchitos que caen al solo contacto de tu mano. Pero vale más que esparzas por el aire mis pétalos. No conviene viva yo entre capullos con el veneno de mi aliento.

Yo permanecí mudo por completo. Me parecía un sacrilegio tocar las cuerdas que vibran al impulso de la Naturaleza misma. A los pocos momentos se sumió Ralph en un silencio profundo y sentado permaneció inmóvil a manera de un estatua en armonía perfecta con la tranquilidad del medio día. Un medio día de otoño en las montañas, es una cosa única por completo. Ni una figura humana se percibe que rompa la calma absoluta del cuadro, mírese donde se quiera. El mismo aire parece vacío, excepto cuando la mosca-dragón se lanza al espacio a manera de centella de color resplandeciente. La tribu alada desaparece, excepto el cuco solitario, que parece machacar con martillo fatal al cerebro de un modo imposible de describir. La nota de este pájaro posee una influencia peculiar sobre la mente que le ha concedido el nombre de pájaro del *delirium tremens*. A largos intervalos se ve a distancia una figura humana que lentamente aparece, desapareciendo luego, aumentando más que disminuyendo el sentimiento místico que parece impregnar al a Naturaleza entera; o bien se oye durante un momento el susurro de las hojas que parece afirmar la realidad de la escena, pero no deja tras de sí más que su espectro. Gorgojeara quizás un pajarillo detrás de uno; pero en cuanto se ha vuelto la cabeza, una mancha de color lanzándose hacia el azul claro del cielo, es lo único que se percibe. El efecto de la influencia mística comenzó a apoderarse de mí; Sentí como si flotara en un elemento desconocido, cuyo resplandor estuviese desprovisto de calor. Un pensamiento súbito devolvió a Ravenshware a mi mente, y puso término a mis místicos vuelos. Mire a mi amigo, estaba sentado, mudo, e inmóvil; una mirada peculiar lanzaban sus ojos que parecían fijos en horizontes lejanos, y esta mirada era lo único desentonaba de su aspecto de estatua. A los pocos segundos, interrumpió la tranquilidad corriente de mis pensamientos la sensación de una mano en mi cabeza. Me volví sorprendido y vi a Pandtji. A manera del genio de aquella escena mística, Permanecía de pie junto a mí; su

vestidura, blanca como la nieve, resplandecía ante el esplendor del sol de medio día; su sonrisa infundía una dulzura infinita hasta en la vegetación en torno nuestro. Por un momento me encontré fuera de mi mismo y fuera del mundo. Pero volviendo rápidamente en mí, me levante para saludarle.

-St. Clair, mi buen amigo - dijo - has hecho bien; yo te bendigo. Ralph Ravenshaware merece tu abnegación cariñosa. Existen en él elementos buenos y malos, acerca de los cuales no tienes tú la menor idea. El volcán ha estallado y ha cubierto los verdes campos con la lava ardiente de la destrucción. Pero de nuevo brotara la hierba con su lozanía pasada, y se abrirá la flor con su antigua belleza y de nuevo comenzara la construcción del edificio. Pero no hay que perder la paciencia, ni escasear los cuidados. ¿Qué piensas hacer con él?

- Mandarle a Londres a algún sitio en el que pueda estar bien atendido - conteste.

- Es una medida prudente - dijo Panditji; - pero durante todo el tiempo que permanezca aquí, condúcele a este sitio todos los días y déjale solo; no permitas que venga nadie mientras este él aquí. No temas; no caerá en el agua. Pero debo advertirte una cosa: cuando venga, *habla de él lo menos posible, y no pienses en él.* Todo ira bien.

Antes de que pudiera hacerme cargo plenamente de todo cuanto había oído, Pundtji se había marchado. Despertó Ralph de su ensimismamiento extraño con una sonrisa infantil. Nos levantamos y fuimos a casa.

## CAPITULO VIII

### Unión de almas

Pasaron varios días: Grace estaba en plena convalecencia. Cada nueva mañana, dejaba sus huellas sonrosadas en sus mejillas, comunicándoles la frescura del loto después de una tormenta. Al fin se encontró en disposición de dar paseos matutinos en su yegua gris, *Sultana*. En estas excursiones la acompañe yo a todos los lugares románticos de un país que era en si mismo la encarnación de un poema. Fuimos a ver la cascada sutil que, a manera de plata fundida, caía de roca en roca y a cuyo sonido musical solo faltaban palabras. Nos sentamos a la

sombra del mayor Develar (*Pinus devadárñ*) del bosque y Grace me repitió la fantástica leyenda relacionada con él. El árbol era el punto de cita de las Filis y Damones de la aldea que existe en el límite oriental de la selva. Hace ya muchos años que después de media noche los asustados campesinos acostumbraban a taparse los oídos, Pronunciando el nombre de Brama, cuando la música suave de la flauta de bambú vibraba en el aire tranquilo de la noche. Creían que procedía de las *apsaras* (1) que en le bosque se entregaban a sus danzas fantásticas. Pero no: era Malli el que tocaba; pues la ley del corazón la unía a Reva, la hermosa hija del carpintero, a pesar de que las costumbres de castas les separaban. Andando el tiempo, lIlego la música a ser considerada como acompañante indispensable de la noche, tanto en invierno como en verano. Muchas fueron las teorías presentadas por los hombres y mujeres más sabios de la aldea, Hasta que por fin acabo por ser universalmente considerado como música de las *apsaras*; y el campesino, a quien se le había hecho tarde, evitaba el lugar, aun a costa de largo rodeo, para ir a casa. Durante varios años siguieron las cosas así, hasta que una noche se desencadeno una de las terribles tempestades tan peculiares en la India. A la mañana siguiente, algunos leñadores fueron al bosque a seguir el rastro de *dev* (dios) que había dejado tras de sí, y cuando llegaron al árbol misterioso, encontrándose con Malli y Reva, muertos el uno en los brazos del otro, y a su lado la flauta de bambú. El misterio estaba descubierto, pero otro quedo en su lugar. Aunque la música deajo de oírse durante algún tiempo, oíase de nuevo en el plenilunio. Y desde entonces, siempre que la luna entra en ese periodo, es seguro oír la flauta de bambú.

Así, en pocos días trabe conocimiento con cada uno de los rincones y escondrijos del país, y aprendí todas las leyendas de que esta la aldea llena, pues ni una sola leyenda romántica de las de la vecindad dejaba de conocer Grace. Lo extraño fue que ni durante estas excursiones, ni en ninguna otra ocasión, hizo ella la alusión más ligera a Raveshaware ni a cosa relacionada con él. Yo cumplía religiosamente la orden del Maestro; y tanto en mis palabras, como en mis actos, procuraba evitar el asunto. La conducta de Grace me confirmaba en mi propia teoría, i necio de mi ! de su perdida de memoria, efecto de la enfermedad. Dimos un largo paseo para visitar un rio lejano que en el fondo verde de las colinas brillaba a manera de hilo de plata. Calculamos mal la distancia, y antes de llegar a él, el sol ya se hizo insoportable, por lo que echamos pie a tierra y atando los caballos a un árbol, nos refugiamos bajo la sombra de un gran Sal (*shoria robusta*). Empezamos a hablar de varias cosas que el aspecto del bosque nos sugería y Grace trato de improvisar una novela

sobre nuestra perdida en la selva, donde nos veíamos obligados a ir de la casa del guarda bosques más cercanos.

- Suponga Vd. - dijo ella, - que no encontramos al guarda en su casa; que solo este en ella su mujer, y que esta tenga algún niño enfermo al cual no pueda dejar, y por consiguiente, que no pueda enseñarnos el camino. En este caso nos vemos obligados a vagar por el bosque hasta que el guarda vuelva a casa al ponerse el sol; y entonces necesitaremos toda la noche para poder volver a la plantación, por que bien poca o ninguna luna tendremos esta noche.

- Todo esto y mucho peor es lo que puede suceder, sin duda, - conteste - pero yo le prometo a Vd. que nada de esto sucederá.

- Mr. St. Clair, usted posee una perversidad extraña y prosaica, - dijo Grace- su filosofía de Vd., que sinceramente respeto, no solo quisiera hacerle a uno indiferente a las realidades de la vida, si no que quería además cortar la alas de la imaginación. Y hablando de otra cosa, ¿cree Vd. que la mujer del guarda-bosque, a la cual hemos encontrado esta mañana es completamente feliz y vive contenta?

- La contestación depende en gran manera de conocer el carácter de su marido. Yo me atreva a decir que su copa de la felicidad esta llene hasta los bordes, si su marido no la maltrata cuando el alcohol le domina. Pues tiene un niño y gana lo suficiente para satisfacer sus necesidades.

- ¡Ah, Mr. St. Clair! - dijo Grace; - como sea orientalizado Vd.. A Vd. jamás se le ocurre que una mujer ama a su marido o su marido a ella. Es Vd. un perfecto discípulo de Manu. Vd. cree que el amor nada tiene que ver con el matrimonio.

- Hay matrimonios de matrimonios, - replique yo; - Vd. vera.

- Un momento - dijo - Grace; - veo un hermoso ramillete de magnolias silvestres detrás de aquel matorral. Voy a cogerlas, y le prohíbo a Vd. que venga con migo. Quédese Vd. aquí. Si nos las cogiese por mi misma , el placer quedaría reducido a la mitad.

Corrió Grace hacia el matorral, dejándome solo con mis pensamientos, y me que de diciendo: ahora o nunca. Creía deber mío hacerle la proposición entonces, pues podía no presentarse otra oportunidad. El Capitán Ravenshaware iba a llegar dentro de pocos días, con lo que terminaría mi estancia en la plantación. Decidí exponerle mi pensamiento y dejar las consecuencias en manos de Karma. Estaba resuelto. Mire en dirección del matorral para ver si Grace volvía y con gran sorpresa vi al cuerpo astral del Maestro junto a ella. La forma se desvaneció antes de que yo pudiera dar crédito a mis ojos. Pero oí que su voz decía « Saint Clair necesita esta experiencia para agotar su Karma. Mantente

firme.» A los pocos minutos volvió Grace cubierta de flores; flores en sus cabellos flores en su pecho, cubierta de flores su amazona y dos largas guirnalda de magnolias en torno al cuello.

- Creo, Miss Stanley, - dije en cuanto volvió - que Kalidasa debió verla a Vd., cuando al describir a la hermosa hija de la montaña, la llamada *Sancharini Pallavini lateva*, la guirnalda moviente en plena flor.

Sin prestar atención a mis palabras, sentose en la raíz saliente de un árbol.

- Ahora bien, Mr. St. Clair, - dijo, - estábamos hablando de las ideas de Manu acerca del matrimonio. Hágame Vd. el favor de continuar lo que estaba diciendo.

- Con mucho gusto. Pero ¿puedo antes hacerle a Vd. una pregunta? - dije - ¿Vio Vd. a alguien mientras estaba Vd. cogiendo flores.

- No, no vi a nadie.

- Mr. St. Clair, - Contesto Grace; - Vd. es un filosofo, y sabe perfectamente que el alma puede ser únicamente percibida por el alma y que las visiones del alma son sagradas.

- Perdone Vd. mi indiscreción; no he comprendido la situación debidamente. Pensaba que no tenía Vd. la menor sospecha de que la visión hubiera sido física; me apresure a contestar.

- No haga Vd. mención a ello, Mr. Saint Clair, pero hágase Vd. merecedor del perdón, continuando con su exposición de Manu. Si no hubiera sido yo tan frívola y tan estúpida, me hubiera ofrecido como discípula, para beber a sus pies de Vd. las palabras de sabiduría, - dijo Grace con una dulzura tan franca en su sonrisa, que no daba lugar a sospechar en sus palabras la menor sombra de una galantería. - La voz parecía ser ella misma, una voz encarnada y las palabras fluían de su corazón con tanta naturalidad como corre el agua por el cauce abajo.

- Miss Stanley, - contesté; - en extrema agradecido por haber contribuido al desarrollo de sus pensamientos de Vd.

- -No me debe Vd. por eso, agradecimiento ninguno; la gratitud esta toda por mi parte, - dijo Grace.

- No veo por que; la felicidad que procede de nuestras relaciones es compartida por ambos; así que la gratitud es también reciproca.

- Es Vd. con mucha frecuencia en exceso sutil para mi desarrollo mental; pero espera que no me privara Vd. de su exposición del ideal del matrimonio, según Manu, - dijo Grace.

- Antes de entrar en el asunto, - dije, - hay que advertir que ni por un solo momento creo en que hoy día, aun que entre Brahmanes, el ideal del matrimonio

descrito por Manu sea frecuente, si es que después de todo se realiza alguna vez. A manera del famoso *Udumbara*, que florece una vez durante un siglo. Pero de que aquel ideal es el más puro y el más elevado a que la mente humana pueda llegar, no puede haber la menor duda. Nosotros, los europeos, hablamos de unión de almas, pero la expresión, raras veces significa algo, como no sea una boga antitesis de la unión bestial y animal. Antes de que podamos experimentar la unión de las almas, tenemos que conocer, hasta cierto punto, la naturaleza del alma misma. Y, sin embargo, oye uno a hombres y a mujeres hablar constantemente de unión de almas y no poseen más concepto de la vida que el que se relaciona con los cinco sentidos, merced a la sensación presente, a los recuerdos del pasado y las esperanzas del porvenir; en manera alguna quisieran ellos perder jamás uno solo de los ingredientes que llenan su copa de placeres, mientras permanezca llena de todas las cosas que la vida física necesita. Aludo a la vida física, no a la animal, e incluyo en aquella las emociones ordinarias que tienen en los sentidos su origen.

En los casos a que me refiero, la unión de las almas tiene justamente la misma justificación que la frase: el hijo de una la mujer que nos los tiene. Para poder tener una idea, siquiera muy vaga, de lo que es el alma, debemos imaginarnos a nosotros mismos muertos, desprovistos de sentidos y ver entonces con que vida y con que amor quedamos llenos; esta es la vida del alma. Nosotros europeos jamás nos ocupamos ni pensamos en la verdadera unión de las almas; y siempre que tiene lugar entre nosotros es a despecho de nosotros mismos. La razón no es difícil de encontrar. Según la interpretación aceptada por el Cristianismo, los matrimonios son de la tierra y terrenos. En los cielos, ni se casan ni se dan en matrimonio. Así que, vea Vd. una pareja humana; por elevado que sea su amor en la tierra y por puras que sean sus vidas, tiene que dejar a un lado aquella vida y aquel amor en el cielo.

- Lo cual es bien poco justo a favor del Cristianismo, - Contesto Grace; - porque yo veo que un cristiano sostendrá, que son únicamente las porciones terrenas de la vida y el amor las que el alma deja tras de sí cuando asciende a los cielos. El amor humano es reemplazado en los cielos por el amor a los ángeles.

- El cual es Universal, - añadí yo. - Creo que comprenderá Vd. mejor, tomando el asunto desde otro punto de vista. Supongamos dos hombres uno soltero y otro casado, Según el ideal matrimonial más elevado que en los países existe. Ambos llevan vidas ejemplares y cristianas y merecen el cielo. El casado, en un caso tal, nada se lleva consigo al cielo del amor con que quería a su esposa en la

tierra. Ambos se encuentran llenos de amor Universal, que no contiene amor especial y limitado que tiene su origen e la tierra.

- Pero el fundador del Cristianismo, - dijo Grace, - dio durante su vida expresión al amor verdadero.

- Y en manera alguna lo niego, - dije yo, - desde el momento en que dijo a su madre: « Mujer no te conozco », a pesar de amar a sus discípulos con la ternura de una madre. La humanidad entera constituía para Jesús el objeto de su amor divino y el amor de su alma individual se difundía sobre todos los que cumplían la voluntad de su Padre ( La Vida Universal ). EL ideal del matrimonio en Manu, contiene el ideal del amor del alma.

El alma, tal como en la vida física se manifiesta, es un peregrino discurriendo a lo largo del sendero de la Ley. Un alma encarnada puede amar a otra, solo según la proporción en que encuentra a la Ley encarnada en la otra alma. Por esta razón Manu considera el cumplimiento de la Ley como el requisito de mayor importancia en el matrimonio y ante sus ojos, la perpetuación de la raza solo ocupa un lugar bien poco importante. La palabra sánscrita para esposa, *Sahadharmini*, significa como Vd. sabe una compañera en el sendero de la Ley. Tal matrimonio o unión es obvio que no muere con el cuerpo, sino que reaparece siempre que reaparece el alma en la encarnación y existe en el cielo en los periodos de una encarnación a otra. Muchos casos pueden encontrarse, en los que sabios Indios entraron en el estado matrimonial sin el menor deseo de sucesión. Vd. conoce el caso celebre de Yagnavalka, el sabio legislador y su dos mujeres. Estos matrimonios entre las almas, no eran, con muchísima frecuencia, matrimonios, después de todo, tal como nosotros comprendemos el matrimonio.

- Me ha dado Vd. nueva luz sobre el asunto, - dijo Grace. - Manu ha comprendido verdaderamente la naturaleza de la mujer. Lo que nosotras necesitamos, es la amistad de los hombres y no lo que ellos llaman su amor. Pero en la época presente no podemos nosotras comprar aquella amistad a ningún precio.

Al concluir Grace suspiró.

- No es la época tan negra por completo, Grace, - dije; - suponga Vd. que encuentra un marido a quien Manu no hubiese tenido inconveniente alguno en conceder bendiciones; ¿no uniría Vd. su alma con la suya?

- El alma debe seguir sus afinidades naturales, - contesto Grace; - nuestras determinaciones no pueden alterar su curso. No puedo decir yo cual sería mi decisión, si alguna vez me encontrase con un marido maestro, como lo era Yagnavalka para Mástreyi y Gargi, sus esposas.

Grace, si tiene Vd. fe en mí, yo seré para Vd. un marido tal, como un alma puede serlo para otra alma y hasta como para mi propia alma lo que es mi espíritu. ¿ Cree Vd. en mí ?.

Los ojos de Grace estaban fijos en el suelo; no dijo una palabra; pero sacando de su cuello una guirnalda de flores, la coloco en torno del mió. La devolví al suyo, y ella colgó en mi cuello la otra. Así quedamos unidos, alma con alma, en la soledad del bosque según la antigua costumbre India. Pero nuestra unión debía verificarse en presencia del mundo. En esto consistieron nuestros desposorios y nuestra mutua promesa, que por el momento decidimos mantener secreta.

## CAPITULO IX

### LA RUEDA DEL KARMA

Años tras años han pasado desde que en el templo subterráneo ante el libro del Karma fue pronunciado el voto; pero su sombra se halla todavía sobre mí. Hay sucesos en nuestras vidas, sobre los cuales en vano trata el tiempo de arrojar el velo del olvido. El esfuerzo de mi vida hacia verter sangre á mi corazón. Dicen que la sangre del corazón lava las alas del alma y les concede la fuerza necesaria para volar al empíreo en algún nacimiento futuro. Pero temo yo abandonarme confiadamente al porvenir, el cual no es después de todo más que el hijo del presente. Yo buscaba el saber con todo el anhelo apasionado de mi corazón, pero me apodere de la vara del poder, precipitada y aturdidamente y me lance con los ojos cerrados hacia un destino 1, que de otro modo la Naturaleza con sus procedimientos suaves hubiera diluido en un mayor numero de vidas (Encarnaciones). Con toda la potencia de mi alma arranque el fruto del destino antes de que estuviera maduro y con ello mi árbol de vida ha sudado sangre. Pero el tiempo sana las heridas y repara injusticias. Me fue concedido el derecho de elegir entre tomar en mis propias manos el destino, ó bien dejar a la Naturaleza seguir su curso ordinario. Escogí lo más varonil y más noble y no debo quejarme si encuentro el hierro duro. Cumpliré con mi destino. Quizás el desenvolvimiento ordenado de la vida aclarará las tinieblas en cuyo seno las ruedas del destino giran. En oriente le dan el nombre de Karma. Dicen los

sabios que nadie puede leer ni comprender el Libro del Karma, a menos que él mismo se encuentre libre de Karma; a no ser que cada pensamiento, acto y aspiración individual vibren al unísono con el Todo y no con el yo personal. Acelero voluntariamente, su retribución Karmica.

Pero no me corresponde a mí explicar; solo recordar es lo que hago. Del botón de la rueda del tiempo, brotarán rayos de luz.

Las cenizas de tres años se han confundido con la pira funeraria del pasado; y unido yo por los lazos del matrimonio a Grace Stanley, vivo en Simla, la capital de la India, durante el verano. Un cambio extraño ha tenido lugar en la doncella, que es mi esposa desde que se verifico nuestro matrimonio oficial.

Su antigua dulzura melancólica la ha abandonado por completo, cediendo el lugar a una actividad intelectual tan brillante, que es capaz de excitar la envidia de cualquiera de las reinas de los salones de parisienses. Su voluntad ha obtenido una potencia tal, que con frecuencia me ha hecho temblar ante ella; y he observado que ningún hombre o mujer que haya entrado en la esfera de su influencia, ha dejado de experimentar su dominio. Conmigo sea conducido siempre lealmente y como una amiga de corazón, al paso que me ha mandado con la autoridad de una madre sobre un niño sin experiencia, sin que pareciese hacerlo. La perfección absoluta con que representa el papel de la perfecta mujer de mundo, siempre atenta a observar las peculiaridades del carácter de los individuos para aplicarlas a algún objeto, me sorprendió y confundió en un principio. Pero la familiaridad constante con este nuevo desenvolvimiento de su carácter, se revistió de un encanto irresistible para mí. ¡Ah! Con cuanta energía he luchado conmigo mismo para borrar el aspecto mundano de su carácter y conservar inviolable la tranquilidad mística de mi alma; pero nada ha sido capaz de resistir a la influencia inextricable de su presencia. Una atracción irresistible parecía arrastrar mi alma a la vida del mundo, vida que ardía yo por dejar tras de mí y ala cual he considerado como un destierro temporal decretado por Karma. Pero relámpagos de tristeza han atravesado a veces mi cielo mental; pues el país de mi destierro no podía ser mi mansión permanente, ni Grace Stanley mi prometida mortal; entonces he oído con pena y temor la voz interna avisándome con notas de trueno, diciéndome con el poeta sánscrito, que solo puede llamarse resuelto a aquel cuya tranquilidad de espíritu permanece inmutable en presencia de las causas de perturbación. Muchas veces he pensado apelar a la fuga; pero la fuerza de mi naturaleza interna ha prevalecido contra la miseria de la inferior y me ha mantenido clavado en el lugar que mi deber me impone. Anhelante he esperado el día de mi libertad; pero a medida que mis sufrimientos han aumentado, en la misma proporción la

nube ha ocultado a mis ojos hasta la misma visión remota desde un Pisgah, del Canaan de reposo. Grace ha inutilizado sistemáticamente todas las tentativas hechas para exponer a ella la evolución interna de mi alma. La doncella delicada y modesta de un tiempo, se ha convertido para mí en el más duro de los amos. Siempre que la menor sombra de pensamiento mundano obscurece mis conversaciones con ella, no me proporciona otra cosa más que filosofía austera; la cual, como sé perfectamente, ya no me da ni fuerzas ni consuelo. A medida que mis sufrimientos han aumentado en intensidad, las comunicaciones de mi alma con el Maestro se han hecho cada vez más menos frecuentes y en la actualidad han cesado por completo. Me encuentro solo en medio de un mundo material que conoce la simpatía, luchando con dificultades indescriptibles y difícilmente comprensibles.

Grace Stanley, que hasta cierto punto nos debe la vida a mí y a mi Maestro, parece movida por un deseo malicioso de labrar mi ruina al paso que jamás ha cesado de tratar de imprimir en mi las verdades más exaltadas nuestra filosofía; sin embargo al mismo tiempo, gracias a las innumerables e indefinibles tretas de la mujer mundana, me ha enseñado el modo de esclavizar mi alma. ¿Pero es ella a quien debo culpar?. Por extraño que perezca, jamás ni un solo momento me ha concedido como contestación, ni una mirada, ni una palabra, ni una sonrisa. Ella no sabe siquiera que yo, que con mi severidad le he explicado la naturaleza de nuestra unión, siempre me siento tentado a faltar va los votos hechos y a los compromisos contraídos.

A la verdad, antes de que el nudo matrimonial fuera un hecho, muchas veces me he sentido embarazado ante el ardor del cariño de Grace; pero ni un vestigio del mismo quedo en cuanto, comprendiendo la situación, consintió sin embargo en casarse. ¿Será quizás que se haya propuesto con toda su alma humillarme? No; tal baja es incompresible en ella, dada la noble pureza de su ser, la cual, por más que trate de disfrazarla, siempre brilla resplandeciente.

Con frecuencia he creído en medio de una sensación penosa, pero al mismo tiempo dulce, notar cierta ternura en la voz de Grace; pero ha sido siempre un sueño, nunca una realidad.

Con pena e visto que Grace es una ama de casa de una severidad uniforme e inflexible. El conflicto de mi vida doble no ha dado lugar más que a sufrimientos, los cuales pronto llegaron a la desesperación.

Pero esto ha sido una crueldad positiva por parte de Grace. Sabia ella demasiado bien que era para mí un martirio verdadero el permanecer en un salón de baile: se lo había dicho yo una y otra vez, pero no hacia y obrar como le daba la gana. Era un caso de egoísmo. ¿Por qué se me había de condenar a

sufrir las exaltaciones sensuales de un salón de baile, a mí que por un voto misterioso me había separado de la vida del mundo? Pero todas mis suplicas no servían de nada. Una mañana entro en mi despacho y riéndose como una chiquilla, dijo:

- Mr. St. Clair - así generalmente me llamaba - he venido a consultarle a Vd. acerca de tres bailes que pienso dar antes de que la temporada concluya. ¿Cuándo los damos? Sabe Vd. que apenas hay días hábiles, pues va haber tantos. Tenemos que hacer los preparativos con tiempo, por que he decidido que mis bailes sean los más notables de la temporada. Debemos procurar que sean de una naturaleza, que le día que se retire Vd. al desierto, como amenaza Vd. continuamente en hacerlo, no vaya a quedarme yo sola en el mundo. El papel de Penélope, francamente, no me hace gracia. Además, ¿Por qué he de trastornar yo el orden de la Naturaleza convirtiendo a la primavera en invierno? Tiempo queda para filosofar cuando uno es viejo. Me parece un crimen contra la Naturaleza el que no experimentemos todas las fases de la vida que viene a nosotros sin que las solicitemos. Es mi *karma*, como diría Vd., el que yo sea una mujer mundana y frívola, así como es su *karma* de Vd. el ser un gran sabio.

- ¡Ah! Si entra Vd. en el terreno de la metafísica, me atrevo a decir que puedo demostrar la falsedad de su argumento de Vd. Al rehusar considerar la ley del Karma bajo su aspecto verdadero y al exponer en su lugar una doctrina que apenas se distingue del fatalismo, se hace Vd. una injusticia a si misma. Todo cuanto es Vd. en la actualidad, física, moral e intelectual y espiritualmente, es el resultado de su Karma. Para cumplir la ley de Karma realmente, tiene Vd. que procurar que estos cuatro elementos de su naturaleza de Vd., obren de un modo armónico. Si su naturaleza más elevada de Vd. le señala una conducta que deba poner coto a la licencia desenfrenada de sus deseos de una vida de sensaciones ardientes, es más sabio seguir los dictados de la Naturaleza Superior, pues constituyen el camino único que conduce ala mayor felicidad. Los placeres inmediatos que los sentidos llevan consigo, son tan solo flores de verano en la humana mente; florecen, para marchitarse.

- Permítame Vd. por un momento que le interrumpa - dijo Grace. - Si el logro de la felicidad es el motivo para vivir la vida más elevada, ¿Qué derecho tiene Vd. para imponer su experiencia a otro ser humano? ¿Cómo sabe Vd. que no obtengo yo tanta felicidad de las frivolidades de la vida, como Vd. de su filosofía? ¿Posee Vd. algún patrón para la medida de la felicidad?

- En primer lugar, debo advertir a Vd. que no pretendo imponer mis opiniones a nadie; esto lo sabe Vd. perfectamente, gracias a su experiencia del pasado.

¿Puede Vd. citarme un caso durante estos tres años de nuestra vida matrimonial, en que haya en lo más mínimo intentado dominar sus pensamientos o sus acciones?

- Todo lo contrario; y si he de decir la verdad, creo que ha sido Vd. indulgente conmigo en exceso. Muchas veces hubiera querido que fuera Vd. menos indulgente y bueno; Vd. a hecho de mí una chiquilla aturdida, que a cambio de sus bondades no le proporcionado nada más que disgustos.

La manera particularmente fascinadora e infantil de pronunciar estas palabras, quitaron de mi toda clase de deseo que pudiera haber tenido de ejercer sobre Grace mi autoridad marital.

- Pero, diré, para continuar - añadí yo - que considero a mis sentimientos y opiniones, como a otras fuerzas naturales gobernadas por su ley propia e inherente. Hállanse unidos a su proceso propio, como esta la sensación de calor al calórico. La manera de obrar de nuestros pensamientos y emociones, se parece a la combinación de elementos químicos. Estando presentes las condiciones requeridas, el oxígeno tiene que combinarse con el oxígeno. Pero existen sustancias que haga Vd. lo que haga, no se combinaran, pues no existe Entre ellas afinidad ninguna. Con el aceite no se combinara el agua. Pero no hay ningún mal en ello.

Es deber nuestro expresar nuestras convicciones sinceras siempre que se nos pregunten. Más no nos corresponden determinar las consecuencias que resultaran de esta manifestación; aquellas producirán sus resultados legítimos y sería sencillamente una locura de nuestra parte imaginar, que nuestro placer personal tiene que ir comprendido en las consecuencias.

- ¿Pero cual es su patrón de Vd. para la medida de la felicidad? No ha contestado todavía a la pregunta.

- Bien; en cuando al patrón a la medida hedónica, debe Vd. tener presente que la felicidad no es más que la libre actividad de todas las tendencias de nuestra naturaleza, la realización de todas las posibilidades que existen en nosotros mismos. Comprenderá Vd. por consiguiente, que la verdadera medida de la felicidad depende de dos factores; a saber: el número de facultades que encuentran actividad no coartada y la duración de aquella misma actividad. Ahora bien; aplicando esta medida la caso de Vd., resulta lo siguiente: Las sensaciones penetrantes en las cuales busca Vd. la felicidad, no duran mucho y al mismo tiempo no dan expresión más que a muy pocas de sus facultades de Vd. El día en que la edad haga de Vd. una anciana y los achaques la abrumen, las facultades que entonces busquen actividad, encontraran solo obstáculos

adicionales procedentes del modo como en la actualidad emplea Vd. sus facultades.

- ¿Por qué pues - pregunto *Grace*, con una especie de impertinencia melancólica, que no había observado jamás en ningún otro semblante - porque no veo las cosas como Vd. las ve? ¿por qué sacrifico yo el alma los sentidos, como me ha dicho Vd. con frecuencia?.

- Porque - conteste yo - no pone Vd. en juego su voluntad para arrancarse de la vida de los sentidos y entrar en el sendero que conduce a las saturaciones del espíritu.

Hable con una especie de énfasis brutal que me hizo el efecto de manchar mis manos de sangre. Siempre que había hablado en contra de las aficiones mundanas de *Grace*, había experimentado aquel sentimiento, que con frecuencia me había impedido dar a mis convicciones la expresión enérgica que naturalmente lea correspondía.

- Ahora bien - dijo *Grace*, con gentil movimiento de su expresiva cabeza; - ¿por que no pongo en acción mi voluntad en el sentido en que desea Vd. que lo haga?

Seguramente alguna causa debe existir que esta fuera de mi alcance el dominar; alguna necesidad de un orden superior que por completo sobrepuja al poder de mi voluntad; alguna divinidad que forja mi destino.

- Lo cual es fatalismo - añadí yo; - el decir que no posee Vd. el libre ejercicio de su voluntad, está en contradicción de sus propias experiencias mentales. ¿Siente Vd. alguna vez que no es libre de obrar como quiere?. Que importa si aquella libertad se deriva de una necesidad más elevada. Un filósofo puede decir a Vd. que libro que tengo en la mano no existe y no existe realmente en cierto sentido, ¿pero altera en este caso la experiencia mental de Vd.? Es la necesidad la sustancia que asume en nosotros la forma de libre albedrío, del mismo modo que su mente de Vd. ha asumido la forma del libro.

Orgulloso me sentí por la victoria que había obtenido sobre *Grace*. Mi satisfacción era todavía mayor, atendido a que me consideraba como libre de la extraña influencia que hasta entonces había ejercido ella sobre mí. Respire libremente: mi corazón pareció ensancharse con un sentimiento de libertad; mi alma se había librado de un gran peso. Por unos cuantos momentos reino un silencio completo; durante el, la convicción de que una vez más era libre, se impuso con mayor fuerza en mi mente. De hecho, el sentimiento de libertad era tan completo, que creí que ya no era necesaria la vigilancia perpetua que ejercía sobre mi mismo.

Sentía que podía ser más amable con Grace de lo que había sido hasta entonces. Grace no era para mí más que el modelo más astuto, por decirlo así, de una naturaleza excelente; parecía constituir una parte de la naturaleza, el gran libro que tenía que estudiar y la grandiosa a la que tenía yo que obedecer. En sí misma no era nada; y yo me encontraba ya fuera del laberinto encantado por el cual había estado vagando con una losa sobre el corazón y los pies ensangrentados. Empecé a pensar en Grace, tal cual era, cuando por primera vez floto en la orbita de mi vida a manera de estrella radiante en las profundidades del espacio, en las regiones del silencio Pensé en los lazos misteriosos que unían su vida a la mía, y vi que tenía con respecto a ella un deber que cumplir.

Vi casi con orgullo que se me había encomendado la educación de un alma joven y bella. Me causaba pena el pensar que había considerado siempre como fatigosa tal misión, y no como una felicidad verdadera con la que la naturaleza me premiaba en razón de la prontitud con que había procurado cumplir con mi deber. Tener tal deber que cumplir era un privilegio y me sentía seguro de cumplirlo hasta el fin. Estas reflexiones pasaron rápidamente por mi mente y me pusieron de muy buen humor. Mire a Grace; estaba sentada en el lado opuesto de la mesa, jugando con un cuchillo de cortar papel, curiosamente labrado. Su cuello flexible permanecía ligeramente arqueado y sus ojos reposaban en el objeto que tenía en sus manos. Pareciome notar cierta palidez en las rosas de sus mejillas y desee con toda el alma devolverles la lozanía perdida. Pero después de todo, quizás estaba mejor como estaba. Quizás la palidez era debida al despertar del espíritu interno, a quien habían llegado mis palabras. El resultado lo esperaba yo pacientemente. Levanto su cabeza gentil a manera de gacela de ojos rasgados al oír un ruido lejano y hablo. Su voz no pareció romper el silencio, solo pareció despertar ondulaciones en su seno.

- Hugh - dijo; - estaba pensando en si habré sido culpable por mi amor a las cosas mundanas; veo que todo es vanidad, todo no es más que mera cuestión de costumbre. ¿Cree Vd. que si me retirase del mundo, obtendría aquella paz que, Según Vd. es la herencia más elevada que espera al hombre?.

Por primera vez me llamaba Grace por mi nombre. Me sonó de un modo extraño en sus labios y produjo en mí un estremecimiento agradable. Estaba sentado y permanecía mudo mientras ella hablaba. Despertó mi atención su pregunta, aunque apenas había entendido su sentido.

- Sí; la paz de la mente a la cual me refiero es la herencia más elevada del hombre - dije yo esperando una repetición de la pregunta en nueva forma, para contestarla en regla.

- ¿Pero cree Vd. - continuo Grace - que lo lograre si renuncio hoy al mundo?

- No puedo decirlo; probablemente no. El estado mental de Vd. en este momento, puede ser quizás pasajero, obra solo de un día. A nuestros impulsos, por buenos y nobles que sean se les debe conceder una hospitalidad generosa, sin admitirlos en la familia hasta después de pensarlo detenidamente. El llevar al terreno de la practica sin reflexión, impulsos en si mismo nobles y saludables, ha producido grandes desastres. Seria muy prudente obrar conforme a ese impulso sin pensarlo, pues puede dar lugar a una reacción acompañada de consecuencias desastrosas.

Después de decir esto, me recosté en el respaldo de mi silla y mi satisfacción aumento al ver el efecto que estaba produciendo. Su espíritu no permanecerá dormido durante mucho tiempo, pensé yo; pero todas las cosas deben venir dulce y naturalmente; las medidas violentas nunca han dado buenos resultados. El desarrollo del alma debe tener lugar como el de las flores; ha de bajar la cabeza antes de que brote la flor. Esta consideración añadió nuevo placer al agradable estado mental en que me hallaba sumido. ¿Era quizás efecto de mi debilidad el no ser capaz de contemplar frente a frente de sujetar a Grace a una educación severa semejante a la mía misma? Acostumbrado como estaba yo al constante examen de mi mismo, no podía contestar en el acto a esa pregunta, además de no haber necesidad de ello; el alma de Grace era mucho más pura que la mía, y en manera alguna hubiera necesitado ella un sistema de educación tan severo como el mío. Para no dar fuerza a la costumbre de especular inútilmente, rechace el pensamiento, pero me mantuve observándolo mientras flotaba a manera de nube ligera al través de mi cielo mental.

- Bien - dijo Grace después de un momento de reflexión silenciosa; - si Vd. cree que lo mejor que debo hacer es no adoptar la vida superior como la llama Vd. ¿cómo, pues, me he de conducir en este caso? A la vida del mundo la condena Vd. como dañosa para el progreso espiritual, y al único genero de vida que debo adoptar yo, lo mira Vd. como imprudente. Vd. sabe que yo soy su discípula, y creo justo que Vd. me aconseje. Dígame Vd. lo que he de hacer.

- No hay consejo alguno que pueda dar yo, que no haya sido dado hace siglos. ¿Que puedo decir más de lo que en Galilea se dijo se dijo durante la encarnación hebrea? Permanezca Vd. en el mundo y sin embargo, no este Vd. en él. Cumpla Vd. su deber durante la vida, pero arranque de si todo egoísmo. Sabiendo que su verdadero Yo es eterno, trate Vd. de comprobar que aquello que parece ser el actor y que goza de los frutos de la acción, no es su verdadero Yo. Este sentimiento aumentara en energía, se desarrollara y últimamente, la arrancara a Vd. de la falsa vida del mundo.

- Ahora bien - dijo Grace; - apliquemos a la practica su teoría de Vd. Vd. ve cual es mi situación; yo vivo en medio de la sociedad de Simla, me reciben con amabilidad en todas partes, todos me tratan con consideración. El aceptar los obsequios y amabilidades de las gentes, es hacerles una promesa implícita de que me conduciré con ellos según lo esperan. Si ahora me marcho de Simla al final de temporada, sin cumplir los compromisos a los que me he obligado, seré culpable, pues habré sido causa de decepción. Sabe Vd. que no partió de mí la idea de venir a Simla; no fui yo tampoco quien busco la sociedad en que nos encontramos metidos.

Oía yo con atención a Grace a mediada que hablaba y me sentía más bien complacido al preveer el punto a que se dirigía.

- Es verdad - dije yo con cierto énfasis. - Vinimos a Simla enteramente en contra de su voluntad de Vd.; consintió Vd. solo ante mis repetidas instancias. La sociedad que tenemos la debemos por completo a las cartas de presentación que traje conmigo. Si alguien hay culpable de todo esto, soy yo. Lo se perfectamente y siempre he tratado de ver que es lo que resultara al fin.

Precisamente en esto era lo que Grace me tenia cogido. Poco tiempo después de nuestro matrimonio, pedí al Maestro una entrevista y me aconsejo pasase en Simla algún tiempo. Por supuesto, me apresure a aceptar el consejo del Maestro, el cual me dio una carta de recomendación para un americano millonario, a quien, viajando por Cachemira, había conocido, y a quien supe después por el mismo Mr. Rider, había salvado la vida con ocasión de un desprendimiento de tierras en Ladak; y el mismo Mr. Rider fue con amabilidad suma , nos presento a lo que la gente suele llamar la buena sociedad de Simla.

- No se trata de alabar o criticar - contestó Grace. - Debe uno mirar las cosas con sangre fría para poder adoptar una decisión conveniente. Mi objeto al hablar, ha sido únicamente referir los hechos y no censurar a Vd. Lo único que deseaba era que comprendiese Vd. es que, para conservar la honradez social, tenemos que dar los bailes. Pero, si he de ser franca con Vd., debo decir que al darlos no constituyen un deber penoso para mí; al contrario, me servirá de gran placer; no hay por que pretenda negarlo. Por naturaleza soy una mujer frívola del mundo y necesito tiempo para reformarme. Soy rica, joven y hermosa; lo se y también Vd. lo sabe, si bien más tarde, cuando sea vieja y fea, lo sabrá Vd. mejor.

Las últimas palabras de Grace, casi me trastornaron. Por primera vez en aquella mañana, había intentado claramente hacer de la conversación una discusión de su personalidad. Cuando antes hice la primera tentativa en este sentido, me sorprendió de momento; pero decidí no ayudarla y rápidamente

desapareció de mi inteligencia. Pero la repetición era ya digna de ser tenida en cuenta. En otra ocasión hubiera tratado de examinar esta veleta y descubrir la dirección del viento. Pero dada la posición que ocupaba me sentía seguro y había aumentado en mí la convicción de la ausencia de interés personal en Grace, la última observación de esta, hizo que no atendiese a sus palabras posteriores. Lo notó ella y se detuvo, poniendo así término a la serie de reflexiones que se iniciaban en mi mente.

- No vaya Vd. a figurarse - continuó Grace, con altivo movimiento de cabeza - que soy vana hasta el punto de ser engañada por las galanterías de que es objeto y por la admiración que causa una mujer en mi posición. Mi placer y satisfacción proceden de un origen por completo distinto. Es para mí de un interés por completo absorbente el estudio de los procedimientos que en su conducta sigue la mente humana. Yo soy también filósofo a mi manera, aunque no me aprecie Vd. como tal, por no pertenecer a la fraternidad de los que se lamentan y gimen. Es la vida un campo inmenso para la adquisición de experiencias y creo yo que sería un crimen en convertirme en mi juventud en un ser dedicado al ascetismo, perdiendo la oportunidad de la experiencia que el mundo solo puede proporcionarme. Si puedo regular sabiamente mi inteligencia, será más lo que gane con mi manera actual de vivir que con ningún otro método de vida. Además, todas las posibilidades de la naturaleza deben de ser realizadas. Vd. mismo sería el primero en censurarme si me convirtiera de repente en una *Yogini* ( asceta india ), en lo cual no habría la menor justicia práctica.

No quería que fuera Grace a imaginar que la vida superior llevase consigo el sacrificio de todas las facultades estéticas de nuestra naturaleza. Así es que me apresure a decir:

Kivutyapázya Charanoni gaavani  
Dhritam troya barclhaka sovi Calkalam  
Vada pradoshe spienta Chandía taraka  
Bibhavari lady aranay Kalpate (1)?

Me detuve y mire a Grace. Parecía dudar entre mostrarse complacida o no. Pero como yo no quería en manera alguna que la menor nube apareciera en el cielo hermoso de la mañana, continué: - Supongo que entiende Vd. esto. Sería una verdadera lastima que olvidase Vd. el sanskrito por completo.

- Puedo haber olvidado el sánskrito - contesto Grace, - pero comprendo los versos que Vd. me cita. Kalidasa ha sido siempre mi gran favorito. Mucho le agradezco a Vd. una cita tan bella y el cumplido que en ella esta contenido. Ve

que la filosofía austera no mata por completo el elemento poético de nuestra naturaleza. Esto me alegra mucho y me da valor.

El buen éxito de mi estratagema me satisfizo de un modo extraordinario, y no lo comprometí con la imprudencia de encontrar defectos en el plan de los bailes, en cuya realización mostraba tanto empeño. Sintiéndome convencido de que me hallaba fuera de su influencia, mire toda la cuestión como una parte del deber que me había comprometido cumplir, y no era culpa mía si el desempeño del mismo era en algunas ocasiones desagradable. Animado con estas consideraciones, con toda franqueza y de buen grado, entre en los planes de Grace, y varias veces merecí sus elogios y admiración de mis prácticos consejos.

Grace me dejó con una sonrisa muy placentera. Pero era una de aquellas sonrisas que dejan detrás de sí un gusto desagradable. Mientras llenaba mi pipa, me quede perplejo ante la sorpresa de que Grace quizás pensase que mi firmeza existía únicamente en la superficie, y que servía solo de manto a una gran debilidad, especialmente en todo lo que se relacionaba con ella. Trate de apartarla de mí, arguyendo con migo mismo que no tendría consecuencias alguna lo que Grace pensara de mí. Yo tenía el deber de llenar, y poco debía importarme todo cuanto se relacionase con él. Mi pipa estaba llena, y como no tenía fósforos, cogí de la mesa un papel para encenderla. Al aplicarlo al fuego comenzaron a aparecer caracteres sobre la blanca hoja. Vi al momento que habían sido escritos con tinta invisible, y procure salvarlos del fuego. Pero, a pesar de todo, no pude evitar que una parte fuera consumida por las llamas. Lo que descifre con alguna dificultad fue lo siguiente:

Por todo cuanto a sucedido durante el pasado, lo cual permanece oculto para St. Clair, por aquel que te une la cadena eterna del amor y de unidad de existencia, sirva la presente para requerir de ti el que te encuentres conmigo y sola al pie de la colina que existe al Oriente de Iakko, a orillas del riachuelo, mañana a las dos. - *Ralph Ravenshawa*.

Cada una de estas palabras abrasaban mi cerebro más intensamente de lo que el fuego había quemado el papel. Cielos, tierra e infierno, se confundían unos con otros en confusión inexplicable. Mi existencia entera se convirtió en un caos de sentimientos y sensaciones incompresibles. Pensaba en Ravenshawe después de haber pasado por encima de mí primera oleada de dolor, débil y anonadado, trate de abrirme paso á través de los restos del edificio mental derrumbado, y poner en ellos algún orden y coherencia. Una y otra vez miré el papel escrito, incapaz de desentrañar su sentido. Aparte de mi mente lleno de horror, aquello que parecía contemplarme frente a frente con la malignidad

triunfante de un demonio del abismo. ¡Ralph Ravenshawe, amigo falso y vil embustero! ¡Grace! ¡Oh! ¡Grace!. Yo no puedo creerlo. Inmóvil, permanecí sentado, sin sentimiento, o pensamiento, estrujado por los anillos de un boa constrictor de pasión indecible, de sufrimiento infinito. Las palabras que había leído se habían grabado en mi mente, y no cabía en poder humano el borrarlas. Cogí el papel, lo doble, lo volví a doblar; con impulso súbito me lo metí en el bolsillo, y huí del despacho temiendo volverme loco.

## CAPITULO X

### GIRA LA RUEDA

Es inútil que trate de ocultarme a mí mismo la verdad, dicho sea con tristeza y vergüenza. A despecho de mis votos de ascetismo, a despecho de todo cuanto a constituido para mí la más exaltada realidad de la vida del alma, mi corazón esta engendrando pasión. Aunque no esta ahora, en ese momento, enamorado de un modo vulgar de mi mujer, la pasión obscurece mi cariño hacia ella. Mi absorción mental sobre Grace, mi vida ordinaria como hombre, han secado, a manera de simoun maldito, la vida exaltada del místico. Yo he violado mi voto. Las olas del Karma me han derribado. Aunque una vida feliz en el hogar domestico fuera para mi posible, los espectros de mis votos quebrantados, y todo cuanto he sabido, desgarran mi corazón como el buitre fabuloso del Cáucaso. ¡Ahi ¡Maestro, Maestro!. Tu cuya alma es compasión pura, ¿ por qué has permitido que esta criatura débil y miserable haya profanado el templo de la verdad con sus votos imprudentes?. Llamo a gritos al Maestro, pero no son ya los de aquél que de buen grado huiría de los umbrales del santuario, y que, sin embargo, sabe que la única verdad que le será revelada en el interior del templo, es desesperación y tristeza.

Nada puede disipar las tinieblas que han envuelto a mi alma; ¿por qué no he de poder sustraerme a la desesperación y buscar el término de la angustia en el conocimiento de que no hay nada que obtener, ni nada que evitar?. ¿Quién puede decirme el porqué?. Siento yo como si en alguna parte existiera la vida y la alegría, y este sentimiento constituye para mí el más agudo de mis dolores.

Yo no soy más que una masa de contradicciones para consigo mismo. ¿ Amo acaso el sufrimiento ?. Enérgicamente contesto que no. Pero, sin embargo, las apariencias parecen decir que sí. El pensamiento, la acción y la voluntad, todos igualmente me encadenan a la rueda de la desesperación.

¿He pensado en el suicidio vulgar?. No, porque, ¡ah! Lo que existe más allá lo conozco demasiado bien, y no contiene para mi ninguna esperanza. Pero la otra forma de destrucción, el asesinato del alma, ha seguido mis pasos a manera de demonio tentador. He despertado con sobre salto de un sueño con la pesadilla horrible de la desesperación, y he dudado de la existencia de mi propia alma. Frío, tembloroso, me he preguntado a mí mismo: ¿tengo un alma, o es esto tan solo la ilusión supersticiosa de los necios? ¿Qué sé yo si el místico Brahman, habiendo obtenido sobre mi influencia mesmérica, me ha impregnado con todas las absurdas fantasías de su raza?. Yo ya no sé nada, dudo ya de todo.

Después de largas horas de lucha y meditación, siento la paz del alma y relego a Grace Stanley y su vida al mundo de ilusiones, al cual reviste la ignorancia con las apariencias de la realidad. Pero otra vez, gracias a aquella ilusión placentera, el mundo de las ilusiones vuelve sobre mí. Alguna ola maliciosa parece echarme otra vez atrás, lanzarme de nuevo al torbellino, cuando después de una noche entera de luchar con las olas, llego por fin a la orilla.

En medio de este naufragio caótico de mi existencia, una consideración por lo menos se presenta clara. ¿ Es mi pasión solamente lo que me une a Grace, o tengo algún deber que cumplir respecto de ella por alguna causa engendrada con anterioridad que debe obrar por completo, antes de que mi sufrimiento termine ?. Por que si es tan solo mi pasión, nada será capaz de mantenerme en la esclavitud ni por un momento; mi voluntad no se ha extinguido por completo. Volaré adonde mi deber me llame; haré pedazos mi corazón y con ellos alimentare a los halcones hambrientos. Pero hay que cumplir un deber; así lo a dicho el Maestro, y así me lo dicta mi naturaleza superior. Esta cuestión debe ser resuelta antes de que pueda obtener mi libertad. ¿ Existe un deber todavía pendiente, o lo he cumplido ya ?. Allí esta aquel escrito fatal. Si Grace, con su conducta demasiado vil para ser calificada con propiedad, me ha desligado de mi deber, soy ya libre y nada se interpondrá entre mí y la vida que de derecho me pertenece. Si mis más terribles sospechas se realizan, soy libre; pero aun confío en que no realizándose, me pueda salvar de la desesperación. Solo falta una hora para la cita.

Con fuego en el cerebro y ceniza en el corazón, monte a caballo y me dirigí al galope a Iakko. El sol brillaba sobre mi cabeza, y a través de una atmosfera

diáfana, se veían las crestas de las montañas con toda claridad. Marchaba automáticamente y mi naturaleza entera permanecía aniquilada en angustia indecible. Casi por una especie de instinto animal, encontré un lugar que respondía a la dirección de la cita; pero no vi en el ningún ser humano. Eche pie a tierra, bañe mi cabeza en una corriente cercana, y retirándome a corta distancia, me senté para reflexionar. Mi caballo quedo atado a un árbol.

Ralph Ravenshawe me llama su amigo; si esta en Simla y es un hombre honrado, ¿ por qué no ha venido a verme ?. La última vez que le vi fue a bordo del *Ganges*, cuando se dirigía a una casa de salud al cuidado del Dr. Lyon. Debía haberme escrito antes que a nadie si pensaba volver a la India una vez restablecido; sin embargo, no lo a hecho y ha sabido encontrar a Grace. La villanía de este hombre es tan clara como la luz del día. Debe haber oído hablar del matrimonio de Grace, y así como ha sido ya una vez causa de desgracia de un hombre y de su mujer, querrá repetir lo mismo. El castigarle no es para mí una satisfacción personal; es, a todas luces, un deber que tengo como protector de Grace. Si no es ya demasiado tarde, ella me dará las gracias en cuanto la haya salvado de Ravenshawe, aunque sea necesario derramar la sangre del malvado.

En medio del caos de mis pensamientos, una idea atravesó mi mente a manera de relámpago. Grace no había podido leer las líneas de Ralph. Quizás no venga. Pero según he sabido por Mr. Rider, el infame a vivido en Simla durante los tres últimos meses bajo el nombre falso de Verney, y me atrevo a decir que no habrá dejado de encontrar un medio para entrar en relaciones con Grace. Es muy posible que no sea esta la primera ocasión en que le a escrito; pues de otro modo no lo hubiera echo con tinta invisible.

La aparición de Ralph y Grace, a caballo y no a una gran distancia, pusieron fin a mis dudas y sospechas. Iban trotando hacia la orilla del río, y empezaron a hablar. Durante algún tiempo no pude oír claramente lo que decían; pero habiendo cambiado el viento, llegaron las palabras hasta mí con completa claridad.

- El Punditji - dijo Ralph - va a llegar dentro de pocos días. Ha querido que viniera yo con unos meses de anticipación. Ha estado en el Tibet, pero ya esta de vuelta.

- ¡Oh! Cuanto tiempo hace que no le he visto; ¿pero que hemos de hacer..... ¡Karma! - dijo Grace.

Pensé que todo esto era hipocresía, por haber descubierto ellos quien sabe como, que yo estaba cerca.

- Ahora bien, Ralph - continuo Grace; - bajo que circunstancias nos volvemos a encontrar. ¿No te acuerdas de nuestro primer encuentro, cuando cerca de las Cavernas de Carli, fuiste sorprendido por una tempestad?

- Jamás me olvidare de aquel día - contesto Ralph; - fue para mí el principio de una vida nueva, aunque en aquel entonces no creía mucho en la realidad del misticismo. Muchísimo es también lo que a St. Clair le debo, y desearía que lo sucedido esta mañana no hubiera tenido lugar. Pero tenía que suceder; el deplorar una cosa no conduce a nada. Lo que debemos hacer es emplear del mejor modo posible lo que hayamos adquirido.

Sentí en mi cara el calor de la sangre

Ralph Ravenshawe no deploraba el matrimonio de Grace, por que no constituía barrera alguna para sus vergonzosos deseos.

- Debemos mostrarnos agradecidos a nuestro pasado - dijo Grace - pues a el debemos nuestro presente. Si en la cadena hubiese fallado un solo eslabón, o si este hubiese sido distinto, tu situación actual hubiera sido diferente. Contempla lo que has perdido y lo que has ganado. ¿Deploras el precio acaso, cuando lo que has obtenido es, según tu dices y yo creo, más grande que tu vida?

- Sí; estoy agradecido al pasado, y siempre lo estaré. Yo perdí a Grace Stanley, si bien no fue en realidad una perdida, por que te he encontrado a ti ahora, y espero que mi peregrinación haya concluido - dijo Ralph.

- No vivas ni en el pasado ni el porvenir; debe la vida ser un eterno presente, - contesto Grace; la peregrinación es ahora eterna.

- Soy tan feliz ahora, - dijo Ralph - que ni siquiera pienso en mí mismo; solo me acuerdo de St. Clair y de ti. Mi corazón parece romperse co la compasión que le pobre St Clair me inspira: es un muchacho muy noble. Sé que ha llegado el tiempo de tu libertad; ojala pudiese logar también la suya.

No pude resistir más. Me lance fuera del escondite, y en un momento aparecí ante la pareja culpable. Olvide por completo todo dominio sobre mí, y todo mi misticismo, y poco faltó para que estrangulase a Ralph Ravenshawe.

- Pero, St. Clair, ¿estás loco? - balbuceo Ralph al desembarazarse de mí.

- Ojala lo estuviera, fue mi contestación, - tanto por lo que a mi me interesa, Como por vosotros dos.

- Hugh St. Clair. - dijo Grace, - no olvide Vd. que es un filosofo y un asceta. Explique se Vd. Ha tratado Vd. con la mayor ingratitud a sus mejores amigos que tiene en el mundo, además del Maestro.

- ¿Y quienes son mis mejores amigos - dije yo; - ¿un amigo falso y una esposa desagradecida e hipócrita.

- Cállese Vd., - contesto ella, - y oiremos lo que tiene que decir.

- Todo cuanto tengo que decir es esto; y las palabras salían de mi boca con tal fuerza y tumulto que casi se rompían a pedazos, es únicamente esto: os habéis echo reos de las más negra de las traiciones contra mí.

- Pero, St. Claire, - replico Grace, sin agitarse lo más mínimo, - no estampe Vd. con sus palabras el sello de la locura en su filosofía. Recuerde Vd. que se halla sufriendo un periodo de prueba, y tenga Vd. presente también quien soy yo.

- La filosofía es tan solo una locura para mí. Me importa bien poco quien es Vd., desde el momento en que es Vd. una mujer ingrata, - dije yo.

- Pronto lo sabrá Vd. mejor, - dijo Grace deliberadamente. - Todo su aspecto había cambiado, y hasta sus facciones mismas parecían haber sufrido una transformación. Vd. es el que se figura ser un filósofo, - continuo Grace después de una pausa, - y sin embargo, no puede Vd., penetrar más allá de la ilusión de los sentidos.

Antes de que hubiese concluido me dio Ralph, una carta del Maestro. Reconocí su sello y temblé. Estaba anonadado. Cuando volví en mí, divisé la silueta de Ravenshawe, que al galope desaparecía a lo lejos. Grace permanecía a mi lado, y me indico unas palabras escritas por el Maestro en el sobre, las cuales me prohibían leer la carta hasta que hubiese recobrado la tranquilidad mental.

## CAPITULO XI

### LA COSECHA

Me quede solo en despacho: solo con la oscuridad, que a manera de buho se posa en mi corazón, mientras que con sus lúgubres chillidos sacudía violentamente todas las fibras de mi cerebro. Sumidos en confusión completa, mi cuerpo, mi mente y mi alma, rompí el sello de la carta que Ralph me había entregado. No era del Maestro, si bien estaba aprobada con su firma. Era de Ravenshawe. En medio de una especie de estupor producido por la excesiva excitación de mi naturaleza, leí lo siguiente:

« Querido y antiguo amigo: Al final de la tragedia que tú también conoces, y a la cual, no obstante el tiempo transcurrido, apenas me atrevo a hacer referencia, quedé en el estado de un cuerpo que solamente alienta. Sin embargo, no era una gran desgracia. Me sentía ahogado por un profundo sentimiento de extrañeza; pero que a medida que lentamente y por grados iba saliendo de él, me parecía flotar en el aire. De repente, un Maelstrom poderoso o algo que no puedo describir sino como *nada* me arrebató en sus brazos de Briareo. Empecé a caer, a caer, a caer en los abismos de una *nada* que reducía al caos toda mi vida, todo sentido y todo pensamiento. Recibí un choque; allí estaba Ralph Ravenshawe. Le mire y era yo. Me sobrevino un recuerdo vago, nebuloso y pasaron delate de mi intrincada confusión la niñez y la virilidad, el amor y el odio, la alegría y la tristeza. Entonces, siguió una explosión súbita en las tinieblas y apareció tu semblante, St. Clair. Me sumí en un sueño, del cual desperté para encontrarme discurriendo a través de una extensa atmosfera sumamente tenue, hasta que me sentí detenido por una capa de mayor densidad que parecía aprisionarme como si fuera una red de hierro. Me rehice del choque y me halle en los brazos de mi madre, la madre de Ralph Ravenshawe. Un niño sano y hermoso en el regazo materno, que parecía obligar a aquella a comerse los sonrosados dedos que le introducía en la boca; yo miraba y miraba, olvidado de todo y hasta de mi mismo. ¡Oh, tu ley tiránica! - dije - Véngate de mí, pero deja al niño que lo sea siempre, que por siempre constituya la poesía y el amor de su madre. Pero la rueda inexorablemente siguió girando. Una vez más fui despedido a través del espacio que no presenta resistencia, que no produce fricción y de nuevo caí en una atmosfera más densa. Vi ...¿debo decir que lo vi?. Vi a mi Némesis, a Evelyn Millor, la esposa adultera, la suicida demente. Sentí su gemido íntimo de agonía y sus carcajadas de triunfo, silenciosas y diabólicas, hasta que desapareció de mi vista, perdida en un torbellino de actividad psíquica, cuyo vértice se calmo en un momento, gracias al estallido exterior de alguna explosión interna. Por un instante, un sentimiento de gozo se insinuó en mi alma. Mis ojos percibieron un vislumbre de polvo de oro esparcido por el movimiento armonioso de una al parecer lejana estrella; sentía que se acercaba más y más, infundiendo en mí una vida que no era la mía propia. Un millar de formas aladas y pensamientos infantiles, se reunieron sonriendo en torno mío. La succión irresistible del remolino que me arrastraba en su trayectoria interminable, iba siendo menos intensa. Mi alma rendía culto a la influencia del sacrificio que de si misma había hecho una naturaleza femenina tan bella como pura, ofreciéndose a la gran Ley. Sabía yo que era ella la encarnación de todo cuanto en mí era bueno: pero no veía su

cara; sí era mi prometida. Como un himno dentro de mi alma, sentí la influencia del sacrificio. ¡Afuera! Pecados, dolores y tristezas, ya no tenéis imperio sobre mí; he empuñado el cetro y todos obedeceréis. Soy un hombre, y como tal, poseo el privilegio del poder morir por mi raza, por todas las criaturas sensibles, como han hecho los más notables entre los hijos de los hombres. El Yo uno que palpita a través de la Naturaleza, despertando la alegría y el amor, es mí yo mismo para mí no existe ningún otro yo. Me siento feliz por no ser otro que el Todo. *La noche del alma muere en brazos de su amante, la aurora del espíritu.*

>> Me senté a los pies del Maestro, en donde tú habías estado antes, pero en cuerpo, y no como yo, en espíritu. Oí una voz, y me bañé en las aguas de la misericordia que manan de su corazón. No puedo decir más.

>> Pero ayer terminé mi largo destierro. Yo soy Ralph Ravenshawe de nuevo y Ralph Ravenshawe es yo mismo. El templo del alma destruido por los rayos de un mal indecible, se encuentra otra vez dispuesto a recibir a su señor. He hecho los tres votos: de pobreza, celibato y de no tener hogar. Mi fortuna la he dedicado a la difusión de la verdad, que libraré de las tinieblas al Alma del Mundo. Soy libre.

>> Esta carta se debe tanto a mi amistad personal hacia ti, como a una orden del Maestro, a quien te has negado a admitir en tu corazón. Aturdidamente dijiste: « ya no es el Maestro del neófito que de buen grado huiría de los umbrales del santuario ». Bien poco conoces la serenidad de la vida impersonal del sabio. Me ruega te diga que no te mandara nada, que no te magnetizara, sino que invisible sin que le oigas y aunque le niegues, velara sobre ti durante tus luchas, y simpatizara con tus sufrimientos. ¿ Que tu cuerpo cumpla su destino obedeciendo a causas engendradas anteriormente ? . Él, es como el leño que arde encendido por el fuego de tu alma; el alma que se ha unido con Él, subsistirá. ¿ Serías tan pretencioso que creyeses que la excelencia de la personalidad, conocida como Hugh St. Clair, es lo que interesó la solicitud afectuosa del Maestro ? . En este caso, debes saber que los afectos de un Alma Grande, son fuerzas Naturales que obran en armonía con leyes Naturales, y aunque latentes, por no percibir las nosotros, jamás se extinguen. Tú has añadido la corriente de tu vida al gran campo de la actividad, del cual Él es el centro. Más fácil es para la Tierra separarse del Sol, que para ti abandonar tu esfera. Solamente eres libre en tu propio movimiento diurno. Hugh St. Clair es tuyo y puedes mandarle lo que quieras; pero tu alma está muy por encima de ti y mucho más allá de ti. Siéntela y terminaran y terminaran tus perturbaciones todas. Sacrifica los sentidos del alma, así como sacrificas las tonterías de la

infancia a la sabiduría de la virilidad, y la paz de los bienaventurados será tuya. Ten entendido que la Naturaleza es una; comprueba el carácter ilusorio de todas las diferencias y serás feliz, por que entonces veras tu alma. Sabe que maya es la gran hechicera, el poder divino, la ilusión cósmica, crea diferencias transitorias en la unidad suprema del ser, y si te sometes a su dominio, surgirán los deseos con apasionada actividad para encadenarte a la ilusión. Conoce la verdad y mata los deseos: e aquí la perla que los sabios tiene que ofrecerte. Ten paciencia y deja que las causas preexistentes obren por si mismas y no engendres otras nuevas adhiriéndote a lo sensual. No ames la vida, no ames la muerte; contempla el día de la libertad futura, como un jornalero que espera el día de pago.

>> Nada existe digno de ser amado en el mundo ilusorio de los objetos. El único amor, la única alegría, es el Yo, es ATMA. El amor es atraído a los objetos, según el grado de perfección con que reflejan el Alma, al Yo, a ATMA. A la verdad, dice Yagna a su esposa Maitreyi. Nosotros no amamos a nuestros esposos o a nuestros maridos, si no a los reflejos del Alma que se oculta debajo de todo. Una vez reconocida el Alma, una vez en posesión de ella, ¿Quién pensara en los velos a través de los cuales es reflejada? ¿Quién echara de menos el abanico en cuanto comienza a soplar la fresca brisa de medio día?. El que obtiene el Alma lo alcanza todo. Para el no existe nada más que desear; el Alma es el fruto de todos los deseos. Las ilusiones creadas por el Alma le usurpan su trono, como las nubes a las quienes los rayos del sol hacen visibles, le ocultan tras su manto. Mira interiormente tu Alma, y recibe el galardón del *parama puvasharta*, el supremo objeto del deseo de todos. El anhelar los objetos que reflejan el Alma, y mirar a esta con indiferencia, es vender la gran joya del pensamiento de todas las criaturas al precio de metal en pasta.

>> Esto se lo que te pide el Maestro que pienses. ¿Preguntas tú si tienes alma? ¿Quien lo pregunta? ¿Es el cuerpo? Si es así, ¿Por qué no lo pregunta después de muerto? ¿Es la vida lo que hace que el cuerpo se mueva y digiera los alimentos? Si es así ¿Por qué ni se hace la pregunta cuando la niñez mantenía el velo ante la faz de la razón? ¿Es alguna función de cuerpo preguntar? Supongamos que sí, si así lo quieres. Pero es una función que concibe el tiempo. De hecho, el tiempo solo puede existir como un modo, según el cual esta función, el concedor, concibe los objetos. Por lo tanto, no es ella misma modificada por el tiempo, aunque los objetos que concibe sean modificados por el tiempo. Esta función es el *Dios* del cuerpo.

>> El hombre que desprecia en la Naturaleza alguna cosa como completamente mala, y blasfema contra la misma, tiene que sufrir el castigo que su locura

sacrílega merece. Todas las fuerzas son neutrales en la Naturaleza; no son ni buenas ni malas. El egoísta cobarde, es el que trata de justificar su propia indolencia calificando alguna de ellas como tan mala, que no es digna de su consideración. También el necio se admira así mismo, busca alimento para su vanidad devora llamando las cosas ínfimas, y se entroniza como bueno porque ellas no le tocan. Le disgusta la presencia de aquello que llama el mal, no por que sea malo, sino por el hecho de sentir disgusto le señala como un hombre entre los hombres. El sabio no reconoce el bien ni el mal. Todo lo que es Natural, puede ser causa de felicidad si se utiliza sabiamente. El abono nauseabundo produce fertilidad del suelo, y el agua salada del mar es origen del agua dulce de las lluvias. Tu volviste la cara a la Naturaleza, por que creíste que el amor de un corazón inocente hacia ti, era sensual. Pero no viste que si hubieses sido sabio y amante aun mismo tiempo, aquel amor hubiese sido en tus manos un instrumento poderoso, no solo para la felicidad de aquella pobre niña que te adoraba, a la cual hubieses enseñado la verdad y la destrucción de lo sensual, sino además para la tierra misma, la gran madre de todos. Esta falta tuya debía ser satisfecha, y tenías que saber que era el amor; pero uno a quien salvaste de las garras de la muerte, Ha tenido que proporcionarte la experiencia, Salvándote así de la perturbación consiguiente. En su celo intenso por la santidad personal, volvió la espalda tu amigo al cuerpo de la hija de su madre, y Karma le ha obligado a habitar el cuerpo que le ha sucedido. La pobre frágil criatura que ha sacrificado esta vida por mí, que fui el objeto de su amor puro y virginal, perdió la precedente por propio temerario impulso a que diste lugar por tu conducta cruel. Bendita sea la mujer que sea interpuesto entre mí y mi Némesis, y que ha recibido el golpe que de otro modo hubiera matado a mi cuerpo y a mi alma.

Reflexiona. Basta con esto - dice el Maestro - para que comprendas como acorta la intensidad del sufrimiento, su duración; y observa como todo lo que ha pasado en tu vida, ha ido encaminado a este fin. Nos encontraremos otra vez.

Tu amigo:

<<Ralph Ravenshawe>>

Mientras leía esta carta, mi vida entera se hallaba concentrada en ella. El mundo no existía para mí; lo único que me parecía animado era el mundo de recuerdos que en torno de las palabras de Ralph Ravenshawe se habían

acumulado. Mi existencia entera pareció fundirse en una masa caótica, de la cual, solamente por lenta gradación, comenzó a surgir el orden.

Cuando levante la cabeza, vi a mi mujer delante de mí; mirándome con un cariño que hasta entonces jamás me había demostrado. Sus brazos me rodearon. Miré otra vez, y vi al joven místico Brahman que murmuró en mi oído:

**La maldición ha terminado; Grace Stanley yace muerta en su habitación.**